

Una revista para la proclamación del evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

aguas vivas

Año 2 / Nº 9 / Mayo - Junio 2001

¡Dame este monte!

- *Apropiándonos de la herencia*
- *Principios sobre la oración*
- *La oración de autoridad*

¡Muerte en la Escuela! / El tribunal de Cristo / El amor nunca deja de ser
"Me alejé de Dios" / Una semana entre los lamas

¡Muerte en la Escuela!

La seguidilla de hechos de sangre ocurridos en varias escuelas norteamericanas amerita una reflexión sobre sus causas. (p.3)

Excusas que suelen darse para no seguir a Cristo

"He pecado demasiado como para que Dios me perdona." ¿Es ésta la suya? (p.5)

En el vientre del gran pez

La figura del profeta Jonás nos muestra un interesante aspecto del sacrificio del Señor Jesucristo (p.6)

El Tribunal de Cristo

La idea de un juicio no despierta simpatías en nadie, tampoco entre los cristianos. Sin embargo, he aquí lo que nos espera. (p.7)

¡Dame este Monte!

Aunque toda su generación cayó en el desierto, Caleb entró a poseer lo mejor (y más difícil) de la Buena Tierra. (p.9)

Venciendo las dificultades

Cuando oramos, hay tres clases de dificultades que nos producen desaliento. Sepa cómo enfrentarlas y vencerlas. (p.11)

Hacia la práctica de la oración

Una enseñanza básica y eminentemente práctica sobre la oración. (p.14)

La oración de autoridad

La oración de autoridad, en que no se pide, sino se manda, tiene una importancia capital para enfrentar ciertos problemas. (p.16)

24 principios sobre la oración

Una síntesis de preciosas verdades aprendidas en el fuego del crisol por destacados hombres de Dios. (p.19)

En la escuela de la oración

Los testimonios de cómo tres siervos de Dios vencieron los obstáculos para adentrarse en la oración, hasta alcanzar la bendición de Dios en sus ministerios. (p.21)

Desde el corazón

Testimonios de cómo los vencedores han luchado y vencido en oración. (p.23)

Oraron y fueron oídos

Un ramillete de preciosas respuestas de Dios a la oración de sus siervos y siervas. (p.24)

El amor nunca deja de ser

Cuando en el matrimonio muere el amor romántico, emerge el amor de Dios, que "nunca deja de ser"... (p.26)

"Me alejé de Dios"

Un mensaje para los jóvenes creyentes que se han alejado de Dios. (p.28)

Una semana entre los lamas

Una maravillosa obra de Dios más allá de las fronteras de lo conocido, donde el amor de Dios llegó a conmovir los cimientos de una religión milenaria. (p.32)

AVANZANDO DE RODILLAS



Alguien ha dicho que la posición más segura para que los cristianos avancen, es de rodillas. Por supuesto, las rodillas aquí son una metáfora de la oración, no de un sacrificio corporal.

La entrada de Israel en Canaán consistió en una serie de victorias para tomar la Buena Tierra, Tierra que, simbólicamente, representa nuestra herencia en Cristo, la cual es Cristo mismo, en su multitud de gloriosas facetas. En el contexto de la toma de posesión de Canaán, la figura de Caleb es paradigmática. Es la figura del creyente que se sobrepone al tiempo, a la edad, a los sufrimientos, para levantarse en fe –cual veterano de guerra, no retirado aún a sus cuarteles – y reclamar las promesas de Dios.

La victoria que Caleb obtuvo por las armas ante los hijos de Anac es representación de nuestra victoria por medio de la oración. La toma de Quiriat-Arba es para nosotros la obtención de la victoria en nuestras más variadas dificultades y vicisitudes cotidianas. Precisamos mirar el ejemplo de Caleb y arremeter contra nuestros enemigos, premunidos de esta arma irresistible que es la oración.

Así que, en este sentido, un cristiano —y también la iglesia toda— avanza de rodillas. Si no tenemos es porque no pedimos. Si no tenemos es porque no oramos.

En este número hemos dedicado nuestras principales páginas al importante asunto de la oración. ¡Cuánta riqueza encontramos cuando buscamos en la Santa Palabra, o en el legado de los cristianos que nos precedieron! Las páginas nos parecieron pocas y pequeñas para contener tanta riqueza.

Por eso, al cerrar esta edición, nos queda la sensación de que apenas tocamos los bordes de un tema que es mucho más rico y profundo. Dejaremos, pues, inconclusa la tarea para una ocasión más feliz, cuando nuestra experiencia y conocimiento de Dios sean mayores, y cuando podamos sacar aún mejores tesoros de los escondidos veneros de Dios.

Entretanto, cojamos con mano agradecida lo que Dios ha querido mostrarnos. Guardemos esta enseñanza en nuestro corazón, y, sobre todo, adentrémonos en el camino deleitoso y fructífero de la oración. Busquemos las ocasiones más propicias, creemos las instancias más adecuadas, y ejercitémonos en este hermoso diálogo con el Padre. En breve, sin duda, iremos viendo cómo las cosas cambian: cómo las circunstancias se ordenan, cómo nuestra mente experimenta una renovación y nuestro espíritu se fortalece.

¡En breve veremos la gloria de Dios!

ADEMÁS:

Para Meditar	18
Citas Escogidas	20
Escudriñad las Escrituras	30
Cosas viejas y cosas nuevas	31
Recortes de la Web	34
Bocadillos de la Mesa del Rey	35
Cartas de nuestros lectores	35



VISITE NUESTRO SITIO WEB
www.aguasvivas.cl

AGUAS VIVAS

**Equipo Redactor**

Eliseo Apablaza F.
Roberto Sáez F.
Gonzalo Sepúlveda H.
Renato Vera R.
Claudio Ramírez L.

Diseño y diagramación

Mario Contreras T. - Mario Cortés P.

Finanzas y distribución

Virginia Cáceres S. - Alicia Cuevas P.
Llanquín Lucio 01972, Temuco, Chile
Fonos (45) 261791 – 258214
E-Mail: aguasvivas2000@hotmail.com

Fotografía de portada: «Copihue, flor nacional».

Cerro Ñielol, Temuco - Región de la Araucanía - Chile (Autor: Mario Contreras T.)

*Nuestra meta es servir a Dios y a todos los hombres; nuestro único mensaje es
Jesucristo, el don inefable de Dios.*

Escribanos o llámenos; háganos llegar sus sugerencias, colaboraciones y consultas.

¡Muerte en la escuela!

Recientemente, una nueva tragedia enlutó una escuela en Estados Unidos. En un arranque de furia irracional, un joven dio muerte a dos compañeros y dejó heridos a otros 15. Este caso es uno más de una larga historia de sangre que ha teñido varios colegios norteamericanos en los últimos años. Y también nos remonta a la mayor tragedia de este tipo, el de la escuela Columbine en 1999, donde 15 personas murieron y 23 quedaron heridas. Esta seguidilla de hechos de sangre amerita una reflexión, porque sus móviles no obedecen a un mero arrebató juvenil, sino a causas más profundas, enquistadas en el seno de las familias y de la sociedad.



FOTOS: www.TheDailyCamera.com

Esta vez fue el Colegio Santana High School, una escuela secundaria de más de 1.900 alumnos, en San Diego, California. Un estudiante de 15 años entró a clases con un arma escondida en su chaqueta y comenzó a disparar. Un testigo afirma que mientras lo hacía, se reía estrepitosamente.

Según la prensa, este tiroteo es uno de los más graves que se han registrado en los últimos dos años, por el número de personas que han resultado muertas o heridas. Pero esto no es alentador como parece, porque los demás casos fueron igualmente sangrientos. Andrew Golden, de sólo 11 años, y Mitchell Johnson, de 13, iniciaron la serie con su tristemente célebre matanza de Jonesboro, Arkansas. Michael Carneal mató a tres compañeros en Paducah, en 1997. Ese mismo año, Luke Woodham mató a tres compañeros e hirió a otros siete en Pearl, Mississippi. Poco después, Kip Kinkel, de 15 años mató a sus padres y disparó contra 24 compañeros de escuela en mayo de 1998.

El más dramático

Pero el más dramático hecho de sangre al interior de un colegio ocurrió el martes 20 de abril de 1999 en la ciudad de Littleton, Colorado (Estados Unidos) y merece una atención especial. Aquella fue una tragedia que conmovió al mundo entero. Dos adolescentes –Eric Harris y Dylan Klebold–, armados con fusiles y explosivos, irrumpieron en la Escuela Columbine –su propia escuela– y dieron muerte a 12 alumnos y un profesor, y dejaron 23 estudiantes heridos. Al final, se suicidaron.

¿Explicaciones?

Al parecer, habría sido un acto de venganza contra algunos destacados deportistas que los habrían ridiculizado. ¿Pero es eso todo? La historia tiene más ribetes.

Ellos provenían de hogares aparentemente normales; sus padres eran, uno aviador, el otro, un geólogo millonario. Sin embargo, el perfil psicológico de ambos tiene varias aristas: ambos eran jugadores compulsivos de videojuegos violentos como “Doom”, seguidores obsesivos del cineasta Oliver Stone, y de su película “Asesinos por naturaleza”; ambos integraban una oscura mafia juvenil, y eran decididos activistas pro-nazis con una idolatría por Hitler (la fecha escogida para la masacre era el aniversario del nacimiento de Hitler), que acostumbraban a intimidar en alemán a sus compañeros. Ambos eran deportistas frustrados, decididos a vengarse de sus aventajados compañeros y agregar a ellos otra cantidad de inocentes.

Ambos habían sido arrestados más de un año antes por robar artículos electrónicos, y sometidos a un programa de rehabilitación para jóvenes desviados que los liberó con elogiosos comentarios: “Eric es un muchacho brillante que probablemente triunfe en la vida”; “Dylan es un muchacho brillante con un gran potencial” – informaron autoridades del programa. Al darles de alta, se les prohibió portar armas o explosivos, sin embargo, el día de la matanza, la policía tuvo problemas para desactivar las 30 bombas hechas con segmentos de cañería o tanques de gas propano que plantaron en la escuela para asegurar la máxima carnicería posible. ¿Armas?

Usaron nada menos que cuatro, de alto poder, dos escopetas y dos rifles semiautomáticos.

Ya desde algún tiempo antes, varios alumnos sabían de su carácter violento. Una vez habían intimidado a un compañero con una pistola; en otra oportunidad habían confeccionado un video donde simulaban matar a varios compañeros.

La escena de aquel martes en la escuela Columbine fue dantesca. Los dos asesinos se pasearon por diversas dependencias del colegio sembrando muerte a diestra y siniestra, con frialdad, odio y risotadas sarcásticas. Eran verdaderos embajadores del infierno. “Era como una guerra” – dijo un testigo. Al sonido de las balas, se agregaban los gritos de terror de estudiantes y profesores, el ulular de las alarmas de incendio y de los cristales al romperse.

Una maraña de hipótesis

¿Dónde han de hallarse las causas de tales tragedias, y de la configuración psicológica de tales protagonistas? Las causas son múltiples y variadas, y se resisten a un análisis superficial; más bien hay que entresacarlas de entre una maraña de hipótesis.

¿De dónde sacaron los conocimientos técnicos y la fría estrategia utilizada? Las sospechas sindicadas a ciertas páginas de Internet instigadoras de odio violentista, a Hollywood con su mercancía del crimen (“Die Hard”, “Natural killers”, “Matrix”) y a los videojuegos, que tornan plausible la peor matanza; o bien, al fácil acceso a las armas que tienen los ciudadanos comunes en ciertos estados norteamericanos.

americanos.

Sin embargo, en la sociedad misma hay una curiosidad malsana –macabra– por lo espeluznante y atroz. Los medios de comunicación de masas profitan a costa de tragedias como ésta, y la sociedad los avala, porque su curiosidad alienta la fiera lucha en los ‘people meter’.

El analista Steven Levy plantea, en la revista Newsweek, lo siguiente: “Lo que nos queda es un círculo vicioso donde hasta el examen de un desastre refuerza la cultura obsesionada por la violencia que puede haber ayudado a provocarla. ¿Cómo se pueden arrancar los hilos de la violencia de una sociedad cuando esas hebras están tan profundamente arraigadas dentro de nuestro carácter?”

¿Qué dice la ciencia?

En el artículo “Jóvenes que matan”, de la citada revista, la periodista Sharon Begley plantea una nueva hipótesis que la ciencia ha elaborado respecto de las raíces de la violencia. La hipótesis en cuestión no es nueva. Según ella “Se necesita de un ambiente particular junto con una biología particular para convertir a un niño en asesino.”

Un niño que sufre crisis de maltrato y miedo por parte de los padres experimenta cambios físicos en el cerebro, según afirma el doctor Bruce Perry, de la Escuela de Medicina de Baylor, tornándolo, o bien muy vulnerable a las reacciones violentas (es el caso del *agresor impulsivo*), o bien insensible emocionalmente (el caso del *agresor antisocial*). Hay también algunas patologías cerebrales que inducirían –según esta hipótesis– a la violencia, como las lesiones del lóbulo frontal, del “giro congulado”, o de la corteza prefrontal.

Pero el ambiente también es decisivo. Según esta misma hipótesis, el cerebro posee muchas ‘páginas en blanco’, en el que se graban con el lenguaje de la neuroquímica desde los primeros momentos de la infancia. Las diferentes reacciones de los padres producen cerebros diferentes y, por tanto, conductas diferentes.

Otras explicaciones

En este fatídico hecho de Littleton, hay un episodio altamente significativo. Según un sobreviviente, Harris y Klebold decidían al azar quiénes de sus compañeros debían seguir con vida y quiénes debían morir. Mientras echaban suertes reían, y luego disparaban. Repentinamente, ellos obligaron a dos chicas que tenían como rehenes a responder a la pregunta: “¿Creen en Dios?”. Cuando ellas dijeron: “Sí”, les dispararon a quemarropa.

Este singular episodio es, aparentemente secundario en todo el conjunto de elementos que rodearon la masacre, pero no lo es a la hora de buscar explicaciones de fondo.

Las razones biológicas, familiares y sociales pueden arrojar alguna luz a la hora de esclarecer este intrincado caso. Sin embargo, definitivamente no son suficientes para explicar una conducta a tal grado demente y patológica. Hay otras causas que es preciso analizar también.

Y es que hay oscuras fuerzas que se mueven por toda la tierra y que siembran confusión y caos en la humanidad. Éstas no se ven, ciertamente, pero sus efectos son evidentes. Ellas operan en el corazón de los hombres y siembran el odio, la violencia y la irracionalidad. A cada tanto, encuentran hombres o mujeres especialmente vulnerables y los utilizan para llenar de estupor al mundo entero.

Los jóvenes son especialmente propensos a la operación de estas fuerzas. Ellos no tienen experiencia, son impulsivos e idealistas. En sus sueños se confunden a veces la realidad y la fantasía. Un juego aparentemente inofensivo seguido tantas veces en la pantalla de un computador, de pronto se transforma en una espantosa realidad sin que aparentemente se hayan visto los límites.

Quien comanda estas fuerzas malévolas es Satanás el diablo, padre de mentira, ladrón, engañador y homicida. Su mayor éxito lo obtiene entre aquellos que han vuelto las espaldas a Dios, y especialmente en sus indefensos hijos. Éstos se han criado sin ninguna defensa espiritual. Los padres han tenido tiempo para alcanzar sus propias metas, sin jamás tomar en cuenta a Dios. De este modo, Satanás ha encontrado vía libre para operar.

¿Por qué no salvaste a los muchachos?”

Pocos días después de la matanza de Littleton, apareció en un periódico de Estados Unidos la siguiente inserción:

“Amado Dios: ¿Por qué no salvaste a los muchachos de la escuela de Littleton? Atentamente, un estudiante.”

“Amado estudiante: No me dejan entrar en las escuelas. Atentamente, Dios.”

Esto, aunque parezca una explicación retórica, está muy cerca de la verdad. Los jóvenes asesinos –y aún más, la escuela toda, y la sociedad en la cual ella está inserta– dejaron fuera de su corazón a Dios. Y estando así, sin cobertura ni defensa, las fuerzas malignas se abalanzaron sobre ella y la abarcaron.

“Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia” – dice un Salmo. (127:1). Muchos hoy trabajan en edificar su casa; muchos guardas velan hoy sobre la ciudad (como velaron inútilmente sobre aquella escuela en Littleton), pero sus servicios son inútiles. Sólo Dios edifica de verdad. Sólo Dios guarda del Destructor.

La sociedad puede tomar sus resguardos, la familia puede tener una impecable armonía, y la configuración psicobiológica del hombre puede estar perfectamente en orden, pero aun así puede ocurrir cualquiera de estos días un descalabro que herirá a la precavida sociedad, destruirá la armónica familia y aniquilará a ese hombre tan equilibrado. ¿Qué causas hallaremos? Allí no hay una explicación racional que responda satisfactoriamente a todas las interrogantes. Allí hay, simplemente, una fuerza irresistible, que, en un momento de locura descompuso el orden, y se llevó la paz. Allí entraron las fuerzas malignas y desestabilizaron la precaria firmeza del hombre.

El hombre no es libre, aunque alardee de serlo. El hombre realiza, con dolor, muchas cosas que no quisiera hacer, como si una fuerza superior le atenazara la voluntad y la cautivara el corazón. Las palabras del Señor Jesús resuenan con una categórica veracidad: *“De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.”* Pero también Él mismo dijo: *“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”* (Juan 8:34,36).

Escondedero y Refugio

Cuando el profeta Isaías describió anticipadamente al Rey-Mesías, a Jesucristo, el Hijo de Dios, dijo de Él: *“Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa.”* (Is.32:2). Lamentablemente, son pocos los que le tienen a Él como Escondedero y como Refugio.

Son más los que le han desechado, y le han tenido por un simple mortal. Son más los que han discutido la veracidad de su registro histórico. Muchos de ellos discuten hoy si en verdad vivió. Ellos voluntariamente ignoran que Él vive hoy, y que es el Señor en el cielo y en la tierra. Por eso, en el día malo, ellos son arrasados. Ellos arrojaron de sí a Aquel que es el verdadero Dios y la vida eterna. (1ª Juan 5:20 b). ¿Cuál es su condición?

¿Está usted en condiciones de decir –incluyendo a su esposa y a sus hijos– *“Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida”*? (Salmo 46:1). ¿Puede mirar el futuro con confianza? Si mañana se abalanza el Destructor sobre usted, o sobre su hijo o hija, ¿están ustedes a buen recaudo?

Este es un asunto de la mayor importancia, y es preciso que lo resuelva hoy.





EXCUSAS

que suelen darse para no seguir a

CRISTO

¿Es ésta la suya?

He pecado demasiado como para que Dios me perdone

Si usted comete un pecado chico,
basta con un Dios chico para que le perdone.
Si usted comete un pecado grande,
necesitará de un Dios grande para que le perdone.
Si usted ha pecado poco, basta un poco de amor
para cubrir sus pecados.
Pero si usted ha pecado mucho,
se necesitará de mucho amor para ser perdonado.
Usted está acostumbrado a medir tanto el pecado
como el perdón con reglas y parámetros humanos.

En la tierra las cosas se estilan así:
Si usted le ofenden poco, usted puede perdonar;
Pero si a usted la han ofendido mucho,
usted no perdonará.
Usted perdona o deja de perdonar según la estrechez
de su corazón.

¡Con Dios es muy diferente!

Dios perdona según la medida de su amor,
Y esa medida es muy grande.

En realidad, el amor de Dios no tiene medida.
No puedes subir arriba de él,
tampoco puedes ir fuera de él.
Dios perdona conforme a la generosidad de su corazón.
Ahora bien, hay algo más.
Dios es santo. Puro. Perfecto.
Dios no acepta, no tolera el pecado.
¿Cómo es que lo perdona?
Aquí hay algo que usted debe saber.
Dios perdona el pecado, porque su Hijo murió para
expiarlo.

El perdón se basa en el derramamiento de Su sangre.
Su pecado fue castigado,
sancionado,
quitado de en medio.
Cuando usted confiesa su pecado,
Dios lo perdona sobre la base de la expiación que hizo
Cristo en la cruz.

Sus pecados
(sus *muchos* pecados; sus *terribles* pecados)
fueron puestos por Dios sobre la persona de su Hijo
en la cruz,
por eso Él sufrió tan angustiosamente,
por eso Jesús fue abandonado por el Padre allí.
El estaba cargando la multitud de pecados suyos,
los míos
y los de todo el mundo.

Si usted confiesa sus pecados,
y cree que Cristo hizo expiación por ellos en la cruz,
entonces será perdonado.
Entonces gozará de la paz de Dios.

De manera que hay dos cosas fundamentales
que usted debe saber,
y que cuentan a favor suyo:
Dios le ama sostenida y fielmente.
Y ese amor hizo posible que Cristo muriera
en la cruz por usted.

El amor de Dios,
y el derramamiento de la sangre de Cristo,
son dos grandes expresiones –las más grandes–
de favor hacia usted.
Usted cuenta con la obra de Dios a su favor,
¿la despreciará?
Hoy puede ser libre del agobio de sus pecados
Ahora puede quitarse la mochila que pesa sobre sus
hombros.

No hay pecados demasiado grandes,
no hay pecados que Dios no pueda perdonar,
¿Por qué?
Porque el amor de Dios es inmensurable,
y porque la sangre de Cristo tiene el más alto precio.

Confiese, crea, y sea salvo, ¡ahora mismo!



EN EL VIENTRE DEL GRAN PEZ

“Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.” (Mateo 12:40).

Un hombre corre nervioso por las calles del puerto de Jope, que está sobre el extremo oriental del Mediterráneo. Él quiere tomar el primer barco que le pueda llevar lejos, lo más lejos posible. Ojalá lo llevara al otro extremo del mar, a España.

Al llegar al muelle, encuentra el barco que necesita. Así que, sin más dilación, paga el pasaje, y se embarca. Por fin, ha logrado escapar. La voz de Dios ya no le incomodará más.

¿De quién se trata? Se trata de Jonás, el profeta de Dios, que huye para no tener que ir a Nínive, esa ciudad pagana, a predicar el mensaje que Dios le ha encomendado.

La travesía por el mar parece normal e incluso placentera, hasta que se desata una violenta tempestad. Los marineros están desconcertados. Nunca habían vivido algo así. Ellos invocan cada uno a sus dioses, pero la tempestad no amaina.

De pronto, alguno pregunta cuál será la causa de tan gran mal. Al echar suertes, ésta cae sobre Jonás. Jonás reconoce que es por su culpa que les ha sobrevenido esto, y sugiere que lo echen al mar para salvar la embarcación. Tras denodados esfuerzos por salvar la nave, los hombres no tienen otra alternativa. Jonás es lanzado al mar.

El mar ahora está quieto. La embarcación se salva, pero ahora el problema lo tiene



Jonás. Las aguas del mar amenazan sobrepasarlo, entonces Dios tiene misericordia y ordena a un pez que se lo trague.

Jonás está en el vientre del gran pez. Siente que la muerte pende sobre su cabeza. La angustia lo envuelve. Las algas se le enredan en su cuerpo. El abismo –las profundidades insondables del mar– le rodean y amenazan. ¡Cuán largas son las horas! No es un día ni dos. No es una noche ni dos. Son tres largos días con sus noches. Siente que está encerrado en una cárcel bajo crueles cerrojos.

Pero allí, Jonás invoca el nombre del Señor, y éste manda al pez, quien lo vomita, sin un rasguño, en tierra.

El Señor Jesucristo usa a este profeta como ejemplo de lo que habría de ser su muerte. Tal como Jonás estuvo en el vientre del gran pez tres días y tres noches, él habría de

estar en el corazón de la tierra tres días y tres noches.

Si revisamos la historia del profeta, podemos hallar una alegoría del por qué de su muerte. Más allá de su estadía en el corazón de la tierra, podemos ver que fue necesario que Cristo muriera para que los juicios de Dios sobre el hombre fueran quitados.

Fue necesario que Cristo fuera lanzado a las aguas de la muerte para que se aquietara el mar embravecido. Es raro hallar en Jonás el

desinterés por su propia vida, al ofrecerla para la salvación de esos hombres. Es sumamente extraño en un profeta tan desobediente. Lo que sucede es que Jonás es usado por Dios en este episodio para mostrarnos la hermosa actitud de entrega del Señor Jesús por nosotros. Así como Jonás ofreció su vida por la de esos hombres, así el Señor Jesucristo fue a la muerte por todos nosotros.

No obstante, hay una diferencia fundamental. Jonás fue lanzado al mar en castigo por su desobediencia. En cambio, Cristo fue a la muerte en castigo por nuestra desobediencia. Jonás vivió sólo las angustias de la muerte; en cambio el Señor padeció la muerte de verdad. ¿No es maravilloso? Él murió por usted y por mí, para que nosotros alcanzásemos vida eterna.

EL TRIBUNAL DE CRISTO

El Tribunal de Cristo será una rendición de cuentas, de todos los creyentes, ante la presencia del Señor Jesucristo, como Juez, sobre la base de las obras, a fin de recompensar a cada cual por el servicio prestado al Señor. Este juicio no es para verificar si merecemos el cielo o el infierno. Todos los comparecientes allí son salvos. Es un juicio a creyentes lavados y justificados por la sangre de Jesús.

La misma naturaleza nos enseña que lo bueno debe ser premiado y que lo malo debe ser castigado. Así también lo es en el plano espiritual. La desobediencia, la mala voluntad, la negligencia, el egoísmo, el desamor, la carnalidad, el medrar la Palabra, las malas obras, son dignas de castigo; en cambio, la obediencia, la buena voluntad, la diligencia, el servicio de amor, la obra de fe, el amor al Señor, la espiritualidad, el guardar la Palabra, la lealtad, las buenas obras, necesariamente deben ser premiadas.

Es justo que así sea. No puede ser que lo malo tenga el mismo fin que lo bueno.

El fuego equivale a juicio (1ª Cor. 3:13-15)

En este pasaje tenemos el juicio a los creyentes en el Tribunal de Cristo. Aquí, el fuego equivale a juicio. No es un juicio a personas, sino a las obras de las personas. Se califican las obras según los materiales: oro, plata, piedras preciosas y madera heno y hojarasca. Es fácil ver que unos son materiales duraderos y los otros perecederos; unos resisten el fuego-juicio y los otros se queman ante el fuego-juicio; unos son pesados y los otros livianos; Así, el fuego prueba las obras de las personas.

Queda demostrado que aquellos creyentes que se presentaron con madera, heno y hojarasca, pierden su recompensa, pero no su salvación; tal vez ni una de sus obras fue aprobada, pero fueron salvos por la sola fe, aunque *“así como por fuego”*; pero los otros, son creyentes cuyas obras fueron halladas en alabanza.

Los creyentes han de tener claro que la salvación es sólo por Cristo, sólo por fe y sólo por gracia; además, la certeza de ella se obtiene aquí, ahora y no cuando se presenten al Tribunal.

La figura de Lot

Los creyentes salvados *así como por fuego* están representados en Lot, el sobrino de

Abraham (Gén.19:1-29). Lot es prototipo de los cristianos que viven allegados al mundo; un poco en Dios y un poco afuera.

El hecho de que Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad, implica que había escalado posición en esa ciudad, llegando a tener un puesto de autoridad. (Sin embargo, de Abraham se dice *“por la fe habitó como extranjero morando en tiendas”*, Heb.11:9). Lot *“afligía cada día su alma justa”* (2ª Ped.2:8), lo que indica que no gozaba de una comunión diaria con el Señor.

Cuando Dios va a destruir la ciudad, le comunica a su siervo Abraham sus pensamientos; en cambio a Lot le envía mensajes. El hecho de que los mensajeros no quieren entrar en la casa de Lot, implica el pobre grado de comunión que tenía con Dios. La forma como los ángeles responden a Lot es una manera de condenar la posición que tenía en la ciudad. Que Dios salvara a Lot se debe a la relación estrecha que tenía con Abraham.

Dios no puede simpatizar con el corazón mundano de los que, como Lot, se establecen en medio de la corrupción de este mundo. Ellos caminan a medias, y serán salvos así como por fuego. Ellos perderán la recompensa de reinar aquí en la tierra por mil años con nuestro amado rey y Salvador Jesucristo.

Los creyentes infieles

¿Habrán castigo para los creyentes infieles en el Tribunal de Cristo? ¿Qué tipo de sanciones recibirán los creyentes negligentes? ¿Perderán, acaso, en ese momento la salvación? ¿Qué sentido tiene el hecho de afligir las almas de los creyentes ya salvados exigiéndoles una rendición de cuentas?

Para unos cuantos creyentes irresponsables con su servicio al Señor, éste será un día de lloro y crujir de dientes. Los castigos serán temporales y no eternos; ellos no serán hallados merecedores de reinar con Cristo mil años. No verán la Gloria del Mesías Rey.

Para ser salvos, todos éramos ineptos; pero para reinar con Cristo hay que ser apto. *“Ninguno que poniendo su mano en el arado, mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”* (Lc.9:62). *“... Gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz...y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo”* (Col.1:12-13).

En este momento tenemos las arras de nuestra herencia, pero viene el día en que recibiremos la totalidad de la herencia y para eso necesitamos ser fieles a la carrera en la que Dios nos puso: *“... Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”* (1 Cor. 9:27). ¿Eliminado de qué? ¿de la salvación? ¡No! De reinar con Cristo en el milenio y quedarse, en cambio, en las tinieblas de afuera, como el siervo que escondió el talento durante todo el tiempo que Cristo estuvo ausente.

Recién al final del milenio, éstos que estuvieron fuera serán incluidos con los vencedores de la fe para entrar juntos a la eternidad. Los mil años que estarán separados del Señor les servirá para purificar sus almas antes de reinar eternamente con Él.

Debemos aspirar a ser galardonados

Es lícito aspirar ser galardonado: *“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra* (Ap. 22:12). Pablo amaba ese premio; luchaba y combatía para lograrlo. Tal como Cristo tenía delante de Él un gozo, el cual era la iglesia, por el cual fue capaz de sufrir la cruz y el oprobio (*“Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho”*, Is.53:11), del mismo modo, Pablo tenía un gozo puesto delante, una meta: el *“premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (Fil.3:14). Esa meta no era, obviamente, la salvación, sino reinar con Cristo en el milenio. Es una justa y lícita aspiración el ser *“guardado irreprochable para la venida de nuestro Se-*

ñor Jesucristo” (1 Ts.5:23), y entrar así en el reino.

Una preparación para el reino

El Tribunal de Cristo servirá para afligir las almas de los santos antes de que entren a gozarse con Él. Esto tiene un símbolo en el “Día de expiación” y “Commemoración al son de trompeta”, ambas fiestas de santa convocación para Israel, mencionadas en el capítulo 23 de Levítico. Esta fiesta mira proféticamente el futuro de Israel seguida por el mandamiento de: “*Afligiréis vuestras almas*”. Esto se cumplirá cuando este pueblo muestre su arrepentimiento de haber rechazado al Mesías, previo a la “Fiesta de las cabañas”, que son figura del milenio.

Es similar, entonces, al hecho de que la iglesia deba ser juzgada antes de pasar a reinar con Cristo en el milenio.

El Juez

El Señor Jesucristo, personalmente, presidirá este juicio, pues “*el Padre todo juicio dio al Hijo*” (Jn.5:22). La sentencia que pronunciará el Señor, será indiscutida e inapelable. Se considerarán todos los hechos, palabras, pensamientos, pecados de hecho y pecados de omisión. Habrá lugar para el más profundo examen. Mas no temáis, amados de Dios, porque el mismo que será nuestro Juez, es también nuestro amado Salvador.

El juicio allí estará lleno del amor restaurador y purificador, pues nos espera un futuro glorioso al lado de nuestro Rey, y hemos de recibir, necesariamente, una preparación para estar junto a Él. Todas las pruebas que hemos pasado aquí en el desierto de este mundo, han sido también una preparación para administrar justicia y ejercer el reinado con Él allí. “... *Si sufrimos, reinaremos con él*” (1ª Tim.2:12 a).

Necesariamente habrá una medida de dolor por aquellos que pierdan su recompensa; pero habrá gozo por los que serán premiados. “*Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo... de manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí*” (Rom .14:10-12).

Los creyentes serán escrutados en lo más íntimo de su corazón respecto de lo que hicieron con su cuerpo, dones, palabras, pensamientos y anhelos del corazón. Las parábolas de los talentos y de las minas, son una manera de advertir lo que será este juicio. Jesús, el que tiene ojos como llama de fuego, penetrará con su mirada hasta lo más recóndito del corazón y sopesará lo oculto y más escondido del alma: “... *Sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón*” (Ap. 2:23).

El Señor enfrentará a cada siervo para que dé cuenta de su mayordomía. Las parábolas

de los mayordomos nos relatan lo que será ese momento. Si cada cristiano vive pensando que no se pertenece, necesariamente dependerá del Señor; pero si no es así, lo más probable que tomará su vida para sí y hará de ella lo que quiera. Esto será sancionado en el Tribunal (2 Cor.5:14-15).

¿Qué hizo usted con el talento? ¿qué hizo con las minas? Los que recibieron premios por haber administrado las minas, reinarán sobre tantas ciudades como minas hayan ganado. En la parábola de las minas (Luc.19:11-27), Jesús habló de un señor que se fue lejos para recibir un reino heredado y volver; y dejó a sus siervos el cuidado de sus bienes. Mientras iba y volvía, debían negociar, multiplicar los bienes. Esto es lo que hemos estado haciendo cuando en nosotros mismos se reproduce el carácter de Cristo y colaboramos para que se forme en otros. Es una manera, la más hermosa, de multiplicar los bienes del Señor.

¡Qué gozo se siente al servir a Cristo! Cuánto más será aquel día cuando recibamos los premios por la misión cumplida. Allí nadie tendrá celo de los méritos de otros, ni envidias por los premios de otros. Aquella será una comunión gloriosa y santa.

Sanciones y recompensas

En el Tribunal habrá sanciones. Para evitar ser sancionado, es bueno y saludable juzgarse cada día. Dios mira el corazón de las personas; si Él ve que tu corazón es recto, que lo traes humillado cada día ante Él, Dios considerará aquello.

En el Tribunal habrá recompensas y premios. “... *Si permaneciere la obra de alguno... recibirá recompensa*” (1Cor. 3:14). Sin embargo, ningún creyente tiene derecho a exigir ser recompensado, porque “*cuando hubiereis hecho todo lo que os he mandado, decid: siervos inútiles somos, porque lo que debíamos hacer...*” (Lc. 17:10). Si alguna gracia tuvimos en realizar obras para Dios, el mérito es de Él, porque sin El nada podemos hacer. “... *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*” (1 Cor.4:7).

Hemos aprendido a gloriarnos en Cristo, y no desmedidamente, como si por nuestro empeño y habilidad hubiésemos hecho algo. ¡No! la gloria es de Dios. David dijo: “...*¿Quién soy yo y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? Pues todo es tuyo y de lo recibido de tu mano te damos*” (1 Crónicas 29:14).

Pero de todas maneras, lo que por derecho no nos corresponde, Dios nos lo otorga por gracia. “*Cosas que ojo no vio, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman*”. En aquel día, como en un gran estadio y delante de todos los santos espectadores, escucharás tu

nombre resonar por la potente voz de un ángel que te llamará al proscenio, y entonces la dulce voz de tu Salvador y Rey, te dirá: “*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor*” (Mat. 25:23). Mayor será la gloria cuando seas coronado por las propias manos del Señor Jesucristo, y tengas el gozo de echar tus coronas a los pies de Aquel que ofreció la suya por ti y por mí, cuando se humilló al encarnarse.

Las coronas

Allí se entregarán diversos tipos de coronas. La corona incorruptible, para el cristiano que se guardó de los placeres carnales y se abstuvo de participar de los deleites que lo pudiesen corromper (1 Cor.9:25). Corona de gozo, para el cristiano que multiplicó su fe al llevar a otros a los pies de Cristo (1 Tes.2:19). Corona de gloria, para los pastores que sirvieron con fidelidad al Señor (1Ped. 5:2-4). Corona de justicia, para los creyentes que amaron la venida del Señor (2 Tim.4:8). Y corona de vida, para los que amaron al Señor (Ap. 2:10). Cuando el Señor Jesucristo se dirige a la iglesia en Filadelfia, le recomienda que tenga cuidado “...*para que ninguno tome tu corona*” (Ap.3:11).

Una iglesia gloriosa

En el tribunal de Cristo se quemarán todas las obras y aspectos de nuestro carácter que ofendan a la santidad de Dios. Entonces se cumplirá la palabra profética de Efesios 5:25-27: “... *A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*”. La iglesia ha sido lavada de sus manchas por la preciosa sangre de Cristo, por la Palabra revelada a los apóstoles y profetas, y, finalmente – en el Tribunal de Cristo– por la destrucción de las malas obras realizadas durante la carrera en el servicio a su Señor.

El Señor no obtiene la iglesia gloriosa aquí abajo, sino que la obtiene del Tribunal. En aquella reunión de miriadas de miriadas de santos se producirá una alabanza grandiosa para el Cordero que con su Sangre lavó nuestros pecados y nos justificó.

Después que el último de los vencedores de la fe sea coronado en el Tribunal de Cristo; y luego que se haya hecho la separación entre los que tienen coronas y los que no la tienen, y el último de los distinguidos sea vestido de lino fino, entonces se llevará a efecto esa grandiosa celebración que esperan los cielos: las bodas del Cordero.

Temamos nosotros ante la inminencia de tales hechos.



¡DAME ESTE MONTE!

Caleb es uno de los dos espías fieles que creyó que Dios era poderoso para introducir a Israel en la Tierra Prometida, como había dicho. Aunque toda su generación cayó en el desierto, Caleb se mantuvo en pie porque había recibido la promesa de entrar en Canaán y tomar posesión de su herencia. Tras largos cuarenta y cinco años, —y cuando ya parecía que lo había olvidado— se presenta ante Josué para recordar la promesa de Dios y exigir su cumplimiento.

“Tú sabes lo que Jehová dijo a Moisés, varón de Dios, en Cades-Barnea, tocante a ti y a mí ... Yo cumplí siguiendo a Jehová mi Dios ... Jehová me ha hecho vivir estos cuarenta y cinco años ... Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió ... Dame, pues, ahora este monte ...” (Josué 14:6-14)

Una escena en Gilgal

La escena ocurre en Gilgal, en plena Tierra Prometida. Allí se entrevistan dos gigantes espirituales de la Antigüedad: Caleb y Josué. La cita ha despertado gran expectación. Es fácil imaginarse el silencio y la admiración de todos los testigos, tanto de los que rodean a Josué como de los que acompañan a Caleb, los hijos de Judá.

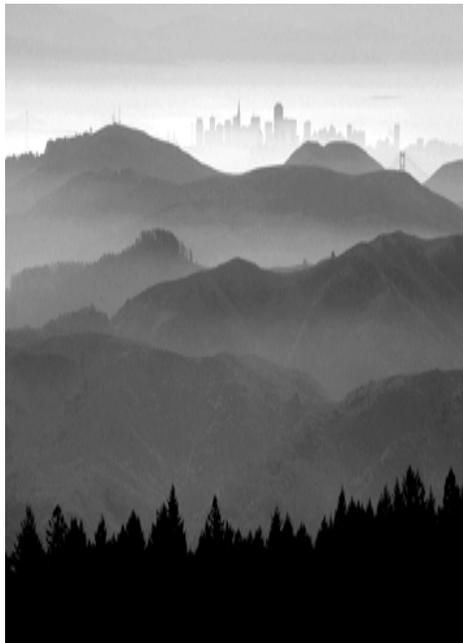
El relato bíblico no registra palabra alguna de Josué. Es Caleb quien toma la palabra. Ellos se conocen de mucho tiempo. Estuvieron en Egipto en su juventud; eran parte del pueblo esclavo. Fueron testigos presenciales de las diez plagas, y vivieron toda la gloria del éxodo. Ellos también participaron de todas las desgracias del peregrinaje de cuarenta años por el desierto. Allí vieron caer uno por uno a los que habían pecado contra Dios.

De todos los mayores de veinte años que salieron de Egipto, ellos eran los únicos sobrevivientes. Para la congregación de Israel en aquellos días, Josué y Caleb eran, sin duda, dos héroes vivientes.

El episodio de Cades-Barnea

La primera alusión que hace Caleb es a la palabra de Jehová, dicha en Cades-Barnea. (14:6). Como sabemos, el episodio de Cades-Barnea fue fatal para Israel. Allí estaban en la posición perfecta para acometer la toma de posesión. No darían rodeo alguno. Todo estaba perfectamente ordenado. Sin embargo, el informe de los diez espías hizo desfallecer el corazón del pueblo. Ellos temieron en gran manera, desconfiaron del poder y la fidelidad de Aquel que los había librado de Egipto, que los había guardado y alimentado en el desierto, y se hundieron en la desesperación.

Dios entonces se enoja (“se irrita”) por



cuanto no le creyeron “a pesar de todas las señales que había hecho en medio de ellos” (Núm.14:11). Gracias a la poderosa (y ejemplar) intercesión de Moisés, no fueron destruidos de inmediato (Núm.14:13-19); sin embargo, Dios jura: “Ninguno de los que me han irritado verá la tierra. Pero mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá por posesión.” (Núm.14:20-24).

Triste y fatal fue el destino de los incrédulos. Ellos sólo tuvieron ojos para las dificultades y problemas. El incrédulo es pesimista en esencia. Muchos cristianos hoy en día también lo son. No se puede contar con ellos para nada, y sus palabras desalientan a otros más débiles, paralizando así el caminar del pueblo de Dios. (Que el Señor tenga de nosotros

misericordia y nos libre de un espíritu tan tenebroso). Pero Dios había tomado nota de los fieles, y desde el cielo había dado testimonio a favor de ellos. “Mi siervo Caleb ... decidió ir en pos de mí ...” ¡Que el Señor multiplique los Caleb en este día! Josué también fue testigo de aquella dramática experiencia. También él fue fiel, por eso Jehová lo designó a él como sucesor de Moisés. Hasta ahora había guiado al pueblo exitosamente en la toma de posesión de la Tierra Prometida.

El secreto del vigor

Josué oye en silencio a su amado consiervo que viene a él con humildad reconociendo su autoridad. Es probable que Josué le haya observado con lágrimas. Hace poco Dios había hablado con él diciéndole: “Tú eres ya viejo, de edad avanzada ...”, y ahora tiene frente a él al gran Caleb. Parece que los años no han pasado por él; se ve tan fuerte, tan lúcido, tan aferrado a la promesa que Jehová había hecho a su favor cuarenta y cinco años antes.

Hoy viene con toda la dignidad de un creyente a cobrar su promesa.

El secreto de la vitalidad de Caleb es haber cumplido siguiendo a “Jehová su Dios”. Ahora testifica a favor de Dios: “Jehová me ha hecho vivir, como él dijo, estos cuarenta y cinco años.” Esto es atribuir toda la gloria al Señor: “Si estoy vivo, si estoy sano y vigoroso, todo se lo debo al que me sostiene.” Así también es en esta dispensación: quien vive en Cristo y por Cristo (Fil.1:21; Gál.2:20) está firme y estará firme y constante, creciendo en la obra del Señor siempre (1ª Cor.15:58), y avanzando también hacia la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. (Ef.4:13).

¡Precioso ejemplo de Caleb! Y oportuno para los que servimos al Señor en estos posteriores días, en medio de esta generación ma-

ligna y apóstata, donde abundan los desertores, los que defraudan, los que niegan con sus hechos la fe que predicán, los que causan tropiezos a los pequeños. Tenemos que aprender de un vencedor como Caleb. Hombres como éste no abundan en este día, éstos suelen ser los sobrevivientes de una generación fracasada.

Pero Dios está levantando en este tiempo una nueva generación de creyentes, hombres fieles en Cristo, sanos en la fe, que tienen en el Señor todas sus fuerzas ... que, aunque pasan los años, se ven cada vez más firmes, más resueltos, más comprometidos con el Señor y con su reino.

Caleb continúa: *“Cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, y para salir y para entrar ...”* (Jos.14:1). Esto tiene una perfecta aplicación espiritual para quienes vivimos hoy en la preciosa fe del Hijo de Dios. No hay razón para irse debilitando con el paso del tiempo. Si permanecemos en el Señor, estaremos firmes y daremos mucho fruto. El Señor nos llevará de triunfo en triunfo. Con todos los recursos del Nuevo Pacto podemos vivir por el Espíritu y ser transformados de gloria en gloria en su misma imagen (2ª Corintios 3:18). ¡Así quiere vernos el Señor!

“Dame este monte”

Ahora Caleb viene a hacer efectiva la promesa que lo “asíó por dentro” (Fil.3:12). *“Dame, pues, ahora este monte ...”* – dice. Ese monte es habitado por los anaceos y tiene ciudades grandes y amuralladas. A Caleb se le podría haber asignado por gracia, cual veterano de guerra, la mejor llanura de Canaán, los valles más fructíferos, regados por los mejores arroyos. Sin embargo, él dice: *“Dame este monte”*. Es el más difícil de todos.

Los anaceos habían sido vistos como gigantes por sus hermanos incrédulos (Núm.13:32-33). Por eso, ellos habían sido derrotados aun antes de ir a la guerra. Caleb obtuvo la victoria en medio de aquella incredulidad. Allí su fe brilló más que el oro afinado: *“No seáis rebeldes contra Jehová – les había dicho –, ni temáis al pueblo de esta tierra (los gigantes) porque nosotros los comemos como pan; su amparo se ha apartado de ellos y con nosotros está Jehová; no los temáis.”* Y antes también había dicho: *“Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra y nos la entregará.”*

¡Bien Caleb, así se ganan las batallas de la fe, antes que ocurran, pues si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?!

Al pedir *“Este monte”* el nombre del Señor sería santificado y glorificado, pues quedaría consignado para todas las generaciones

futuras la veracidad de sus promesas, porque Jehová no es hombre para que mienta. Caleb entraría a tomar posesión de aquella misma ciudad cuyos habitantes habían atemorizado tanto a sus incrédulos hermanos.

“Este monte” representa aquella dificultad más grande, la valla más alta, el problema que parece imposible de solucionar. *“Dame precisamente este monte”*, constituye un gran desafío para todo creyente, para que eche mano a todos sus recursos (que no son pocos), a Dios mismo.

¡Creamos, hermanos, confiemos en nuestro bendito Dios y Padre! ¡Él nos dará “este monte”!

Seguir a Dios cumplidamente

Así fue cómo Hebrón vino a ser heredad de Caleb, *“por cuanto había seguido cumplidamente a Jehová su Dios.”* ¿Qué significa esto? Significa que no podemos seguir al Señor en algunas cosas y fallar en otras, porque eso nos retrasa o nos anula. El Señor nos permita ser fieles en todo, y agradecerle en todo. Fallar en esto haría ineficaz nuestro testimonio.

Es ilegítimo esperar el respaldo del Señor a nuestro servicio o a nuestras oraciones basándonos en aquellas cosas que estamos cumpliendo ante el Señor (equivaldría a descansar en nuestra justicia propia), mientras seguimos infieles e inconsecuentes en muchas otras áreas de nuestra vida. Para poseer toda la herencia que Dios nos ha dado en Cristo Jesús, hemos de ser cual Caleb: *“Seguir cumplidamente a Jehová nuestro Dios”*. Esto es lo que el Espíritu nos enseña en Colosenses 1:10: *“Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en*



toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios.”

De Dios y para Dios

Caleb echó a los gigantes anaceos y poseyó Hebrón ¹ (Cerca de esta ciudad estaba la cueva de Macpela, donde Abraham había sepultado a Sara –Génesis 23:2,19). Pero, luego que obtuvo Hebrón, ¿qué hizo con su heredad? ¿La disfrutó solo? No; sino que la entregó gustosamente a los levitas para que fuera una ciudad de refugio, adonde pudiera huir el culpable y no muriera. ¡Hebrón vino a ser una ciudad para aquellos que no tenían herencia en la tierra *“porque el sacerdocio de Jehová es la heredad de ellos.”*! (Jos.18:7).

Lo que obtuvo de Jehová, lo entregó para Jehová (Jos. 21:8-13). Esto mismo hizo Ana cuando recibió a Samuel como respuesta a su oración. Esto es el evangelio. Este es el espíritu de la cruz de Cristo. Esto es lo que hará también el Señor Jesucristo cuando haya suprimido todo dominio: entregará el reino a Dios el Padre.

Cuando usted ora, ¿sólo busca su propio bien? ¿Busca sólo su deleite? (Stgo.4:3). No, que no sea así. Antes bien, busquemos la gloria de nuestro bendito Dios en todo cuanto emprendamos.

Tomemos, pues, “este monte” y luego ofrezcámoslo a Dios para sea de bendición a sus amados hijos.

La lección de Caleb

La figura y la fe de Caleb nos habla profundamente.

Cuando hay muchos que quedan tendidos en el camino y que desfallecen por el temor. Cuando toda una generación de cristianos parece abandonar la carrera, y conformarse con dar vueltas en el desierto, Caleb nos invita a ser fieles a la visión del principio, a cobrar las promesas de Dios, y a tomar la heredad que Dios nos ha dado.

Los viejos creyentes no tienen por qué ser soldados débiles. Al contrario, la experiencia en el caminar de la fe y la comprobación de la fidelidad de Dios añaden un valor adicional a todo su bagaje, que se traduce en un andar permanente en victoria.

Mientras la palabra de Caleb *“¡Dame este monte!”* resuena aún en nuestros oídos, pidámosle al Señor (nuestro Josué) la porción de nuestra herencia, en tanto despojamos a los hijos de Anac de nuestro propio territorio.

Que así sea.

¹ “Hebrón” significa “comunióón”.

Venciendo las dificultades

Cuando oramos, hay tres tipos de problemas que nos producen desaliento: primero, las personas y circunstancias que se nos oponen; segundo, el enemigo que se muestra tan poderoso; y tercero, nosotros mismos, cuya ineficacia en la oración nos resulta tan patente. ¿Qué haremos? Para gozo y aliento de los creyentes, y para escándalo de los incrédulos, podemos afirmar que Dios es soberano y que nada resiste a su voluntad. Si logramos tocar el corazón de Dios, Él hará lo que pedimos, sin importar quién o qué se oponga.

LAS PERSONAS

La primera dificultad tiene que ver con las personas por las cuales oramos. Si ellos son libres para decidir su destino, y si han decidido seguir un destino lejos de Dios, ¿de qué vale que oremos si Dios no puede alterarlo? Si ellos han decidido no buscar a Dios, teniendo libre albedrío, ¿cómo podría alguien –ni siquiera Dios– torcer esa voluntad libre? Siendo así, por demás es que oremos. Nunca recibiremos respuesta a la oración.

La idea del hombre como un ser libre, poseedor de un libre albedrío, es bastante débil en las Escrituras, y no tiene la misma fuerza que la soberanía de Dios, según la cual Dios no sólo gobierna en el universo, sino también en el corazón de los hombres.

Dios gobierna sobre el corazón de los reyes

Si miramos las Escrituras veremos a Dios muchas veces disponiendo del corazón del hombre con la libertad que sólo el Dios todopoderoso puede hacer. ¿Consultó Dios a Faraón para ver si quería desempeñar el papel de “duro” frente a Moisés? La Escritura dice, simplemente, que Dios endureció su corazón. (Romanos 9:16-18). ¿Preguntó Dios a Ciro si él quería favorecer a los israelitas para que reconstruyeran el templo en Jerusalén? La Escritura dice que Dios “despertó el espíritu de Ciro” para que promoviese la causa de los israelitas (Esdras 1:1). ¿Consultó Dios a Nabucodonosor si deseaba ser convertido en bestia? Pero Dios lo hizo (Daniel 4:31-37).

Estos tres reyes representan toda la grandeza y la soberbia humanas. ¿No eran ellos, en sus respectivas épocas, los soberanos de los imperios más grandes? ¿No tenían un poder incontrarrestable? Sin embargo, Dios – que gobierna en el universo– gobernaba tam-

bién sobre sus corazones.

La soberanía de Dios se expresó claramente en estos reyes en el pasado. ¿Será así también en el futuro? Apocalipsis 17 nos dice que diez reyes asolarán a Babilonia, “*porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso ...*” (v.17). Eso no ha sucedido aún: es una profecía. Pero sabemos que se cumplirá, porque Dios lo ha dicho, no importa la grandeza o la oposición que estos reyes pudieran hacer a Dios. ¿Qué sucede hoy? ¿Tiene Dios gobierno sobre el corazón de los hombres?

Dios gobierna para favorecer a Filadelfia

En Apocalipsis 3:7 dice: “Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar ...” Dios aquí muestra otra vez su absoluta soberanía en su designio sobre los hombres. La iglesia en Filadelfia ha recibido la gracia de tener el favor de Dios para realizar su obra, y nadie se le puede oponer.

Libertad del hombre vs. soberanía de Dios

Cuando el apóstol Pablo, en dos pasajes de la epístola de Romanos, toca el asunto de la libertad del hombre versus la soberanía de Dios no concluye el razonamiento de manera lógica (con lógica humana). (3:3-9 y 9:11-21). Por momentos parece que va a conceder la razón al hombre; sin embargo, concluye bruscamente rompiendo el razonamiento y exaltando la soberanía de Dios: “*Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?*” (9:20). El apóstol invita al hombre a inclinar su ca-

beza y a aceptar, simplemente, los designios de Dios.

La soberanía de Dios alcanza también el corazón de los hombres en cuanto a la elección. El Señor Jesús, en dos ocasiones, y aun en tres, enseñó claramente acerca de la elección de Dios. “*Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere ...*” (Juan 6:44). “*Todo lo que Padre me da, vendrá a mí, y al que a mí viene, no le echo fuera.*” (Juan 6:37). (Ver también Juan 6:39 y 6:65). Pablo dice claramente en Efesios: “*... habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad ...*” (1:11).

Es el Padre quien decide quiénes vienen a Cristo. Sabiendo esto, el Señor Jesús oró diciendo: “*Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son.*” (Juan 17:9).

Esto que vamos diciendo no es un asunto meramente doctrinal, ni pretende defender ninguna doctrina en particular.¹ Lo que interesa en esta exposición es ver cómo el correcto entendimiento de esta verdad puede producir un importante vuelco en nuestra actitud cuando oramos.

Dios puede con ellos

Si vemos a Dios impotente frente a la libertad del hombre, frente a la dureza y soberbia humanas, entonces, ¿de qué vale que golpeemos su puerta pidiendo por la salvación de los hombres rebeldes? Dios no podrá con ellos.

Sin embargo, esto no es así. Cuando Dios dice: “*Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá*” (Mateo 7:7-8), está afirmando tácitamente que Él puede hacer todo aquello que pedimos, buscamos o por lo cual

llamamos.

Por la oración vamos al Padre y pedimos que Él toque a los hombres y los convierta. Que Él derribe a los Nabucodonosores, a los Faraones y a los Ciro de este día y haga con ellos su voluntad. Pediremos por quienes el Padre ha puesto en nuestro corazón, e insistiremos hasta que Él nos conceda lo que pedimos. Pediremos también que Él manifieste a los que ha escogido, para que procedan ya al arrepentimiento.

Muchos de ellos, siendo escogidos, están todavía en tinieblas, enredados en sus pecados. Muchos de ellos están sufriendo en el mundo, sin paz y sin esperanza. Ellos no saldrán de allí si nosotros no oramos. Ellos no podrán resistir la mano de Dios, pero esa mano no se moverá si nosotros no oramos. ¡Que el Señor nos dé su gracia para orar y para que ellos vengan a la fe! ¡Este es el día de salvación!

LAS CIRCUNSTANCIAS

¿Son las circunstancias tan hostiles que desalientan nuestro corazón? ¿Se oponen las circunstancias a nuestra oración? ¿Podrá Dios reordenarlas para que cooperen con su voluntad?

Cuando miramos las Escrituras, vemos a Dios burlándose de las circunstancias adversas y ordenándolas a su amaño cuando ellas se oponen a sus designios.

En Egipto

El pueblo de Dios es esclavo en Egipto. La grandeza del imperio se sustenta en la mano de obra de los esclavos judíos. Dios envía un mensaje a Faraón diciéndole que deje ir a su pueblo para adorar en el desierto. ¿Será el Faraón tan iluso para dejar ir tan fácilmente a sus esclavos? ¿Y si no regresan?

Dios había hablado, pero ¿no era Egipto la máxima potencia mundial en ese momento? ¿Quién podía oponerse a Faraón?

Faraón era poderoso, pero Dios es Todopoderoso. Dios ordenó las circunstancias, hizo desencadenarse los eventos uno tras otro, con la fuerza incontenible de los hechos divinos, hasta que la resistencia se rompió y todo es-

tuvo ordenado para el cumplimiento de sus designios.

En Babilonia

Israel es esclavo en Babilonia. Han pasado ya setenta años, y la mayor parte del pueblo se ha acostumbrado a vivir allí. Muchos tienen un buen pasar. La servidumbre no es gravosa como lo fue en Egipto. ¿Cómo puede Dios cumplir su designio de sacar a su pueblo de Babilonia, cuando ni siquiera colabora a ello el deseo de los mismos esclavos?

Cumplido el tiempo, Dios se suscita a un hombre como Daniel para que, en la misma corte babilónica, ore a Dios, y así Dios pueda mover su mano a favor de su pueblo. Dios suscita también a Ciro, y despierta el espíritu de los jefes de las casas paternas y de todo hombre que Dios elige para ir a Jerusalén. Su designio otra vez se cumple, porque Él mismo ha ordenado las circunstancias para tal fin.

Pero esto no es así sólo con los grandes imperios del pasado. También lo es en lo pequeño, en la menuda circunstancia doméstica.

Burlándose de Herodes (1ª parte)

En Mateo capítulos 1 y 2, Dios ordena las circunstancias de una manera muy simple, mediante los sueños. Mediante un sueño, Dios habló a José para que no repudiara a María (1:20); de la misma manera Dios habló a los magos para que no volvieran a Herodes con un informe que habría perjudicado a Jesús (2:12); por un sueño habló a José para que huyera a Egipto (2:13); mediante otro sueño habló a José en Egipto para que volviera, porque ya no había peligro para ellos (2:19-20); y, finalmente, mediante otro sueño Dios le dijo a José que no fuera a Judea, sino a Galilea (2:22). ¡Cinco sueños dados en el momento preciso y con la instrucción adecuada ordenaron el corazón de José y burlaron la malévola intención de Herodes respecto de su familia!

Burlándose de Herodes (2ª parte)

Herodes (Agripa, nieto del anterior) mete a Pedro, el apóstol, en la cárcel. Jacobo ha sido

martirizado y la amenaza se cierne sobre Pedro. ¿Será sacrificado igualmente? Pedro estaba sujeto con cadenas y custodiado por cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno. Una pesada puerta de hierro era un inexpugnable bastión para cualquiera que quisiera libertarlo. Sin embargo, Pedro fue liberado.

Dios movió a sus ángeles y los guardias fueron burlados. ¿Qué ocurrió? Dios actuó en respuesta a la oración de la iglesia (Hechos 12:5), sin solicitarle permiso a Herodes ni al alguacil de la cárcel.

Filipos, y no Asia o Bitinia

Pablo hace la obra de Dios como apóstol. Dirigido por el Espíritu Santo, llega a Filipos. Allí necesita una "cabeza de playa" para iniciar su obra. Pablo acude cerca del río, donde solían orar, y hablan a las mujeres que se habían reunidos. Allí está Lidia, la vendedora de púrpura, ella cree y les hospeda. Allí surge la iglesia en Filipos. ¿Encuentros fortuitos? ¿Cómo había llegado Pablo a Filipos?

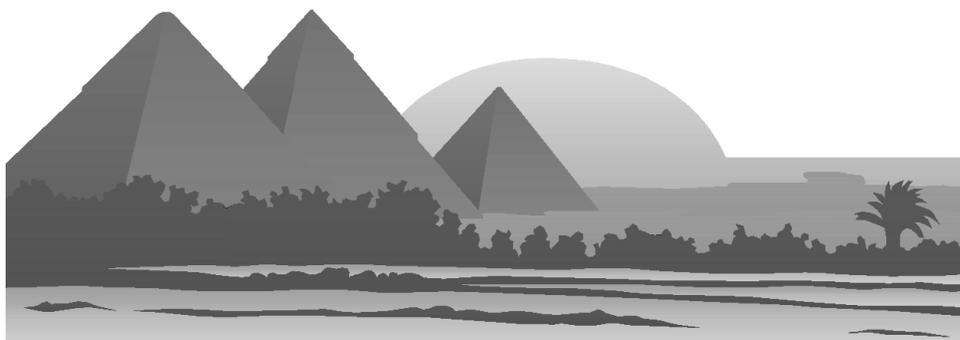
Pablo había querido ir a Asia, pero el Espíritu Santo se lo había prohibido. Luego, había intentado ir a Bitinia, pero hallaron la misma negativa del Espíritu. Entonces sucede la visión del varón macedonio, y Pablo se dirige a Macedonia. La primera ciudad de esa provincia era Filipos. ¿Por qué el Espíritu les envía a Macedonia y no a Asia o Bitinia? Porque él había preparado las circunstancias en Macedonia y no en Asia o Bitinia. En Filipos, Dios tenía a Lidia, al carcelero, y muchos otros para que recibiesen la palabra. Dios había ordenado las circunstancias para que Pablo hiciera allí la obra. Los corazones de los que habían de creer estaban preparados para la fe.

EL ENEMIGO

Muchas veces nuestro corazón desfallece cuando vemos que nuestro enemigo es tan poderoso. Parece que nada ni nadie puede oponerse. Sin embargo, tenemos que declarar que está vencido. ¡Que Jesús le venció de una vez y para siempre en la Cruz!

Su derrota fue anunciada en el huerto

La derrota del enemigo fue anunciada muy tempranamente, en el mismo huerto de Edén. La maldición a la serpiente en Edén es la primera alusión a la derrota del diablo: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar." (Gén.3:15). Aquí se habla de dos heridas. Una es la que le infligiría Satanás al Señor Jesús, y la otra, la que le infligiría el Señor Jesús a Satanás. El Señor Jesús recibiría la herida en el talón, pero Satanás la recibiría en la cabeza. Una herida en la cabeza es, evidentemente, mayor que una herida en el talón.



Consumada en la Cruz

La herida del Señor Jesús fue la exposición al vitupero y a la crucifixión. Pero la herida de Satanás fue su derrota y destrucción eternas por esa misma crucifixión de Jesucristo en la cruz. Esta fue la herida en la cabeza. “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él (Cristo) participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.” (Hebreos 2:14). También fue la derrota de todos los demás poderes infernales. Pablo enseña en Colosenses: “Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (2:15). (La expresión “exhibir” aquí debe entenderse como “exponer a vergüenza pública”).

Tipificada en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento hay dos figuras o tipos claramente ilustrativos de la derrota de Satanás. En ambos casos la victoria del pueblo de Dios despierta un júbilo desbordante, con canciones y danzas.

La primera es la derrota de Faraón de Egipto en el Mar Rojo. (Exodo cap.14). El pueblo cantó: “(Jehová) echó en el mar los carros de Faraón y su ejército; y sus capitanes escogidos fueron hundidos en el Mar Rojo. Los abismos los cubrieron; descendieron a las profundidades como piedra” (Exodo 15:4-5).

La segunda es la derrota de Goliath en manos de David (1 Samuel cap.17). Las mujeres de Israel cantaban y danzaban con este cántico: “Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles.” (1 Samuel 18:7).

¿Cómo no se alegrará el pueblo de Dios por la derrota del enemigo de Dios y enemigo suyo?

La amplia victoria del Señor Jesús

Cuando el Señor Jesús comenzó su ministerio derrotó a Satanás en el desierto (Mateo 4:1-11). Fue la primera vez que un hombre venció a Satanás en un encuentro frontal. Era la venganza por la derrota del primer hombre, Adán, en el huerto. Este segundo Hombre venció a Satanás, aunque estaba en peor

condición que aquél, pues llevaba cuarenta días sin comer.

En esta ocasión, el Señor Jesús ató al hombre fuerte (Mateo 12:29), y desde entonces comenzó a arrebatarle los hombres que tenía cautivos. Hoy en día, los hijos de Dios tenemos que pedirle al Señor Jesús que le vuelva a atar, que le quite sus armas, para que nosotros podamos repartirnos el botín (Lucas 11:21-22). Aun más, nosotros mismos –como iglesia– podemos atarle, porque hemos recibido autoridad para hacerlo (Mateo 18:18).

Un enemigo vulnerable

De manera que no tenemos un enemigo invulnerable. Al contrario, él tiene una herida mortal en la cabeza, y su fin es su destrucción total. Por un poco de tiempo tiene todavía algún ámbito en el que puede moverse, pero él está siempre restringido y controlado por nuestro Dios, y por las oraciones de su pueblo. Todavía el Señor se sirve de Él para nuestro bien, por eso le permite actuar. Pero la oración del pueblo de Dios es absolutamente efectiva contra él, y debemos de ejercerla con diligencia y exhaustividad, abarcando todas las áreas en que él parece estar interesado en estorbar la voluntad de Dios.

Hay que persistir

Cuando Daniel oró, hubo fuerzas enemigas que impidieron la llegada de la respuesta por algún tiempo, pero eso no impidió que llegara. (Daniel 10:12-14). Sí ayudó a que Daniel se ejercitara en la oración y en la paciencia.

La respuesta a la petición de la viuda (Lucas 18:1-8) fue mantenida en suspenso por algún tiempo, pero finalmente le fue concedida cabalmente. Así también será con nosotros. “Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el juez injusto. ¿Y acaso Dios no defenderá la causa de sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque dilate largo tiempo acerca de ellos?” (vv.6-7).²

Así, pues, aun la oposición de Satanás puede favorecernos, si persistimos hasta conseguir el fin de la oración, porque, de paso, nos habremos despojado de la pereza y habremos

ganado en paciencia. “... A fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.” (Hebreos 6:12).

NOSOTROS

Un tercer tipo de problemas lo ofrecemos nosotros mismos. Muchos de nosotros somos pusilánimes para orar debido a que nos miramos a nosotros mismos más que a Dios. Nuestra incredulidad, nuestra falta de ejercicio y nuestra inconstancia parecen escollos insalvables y pueden más que las santas promesas de Dios, a la hora de enfrentar este asunto.

Siendo así, no vemos lo que el Padre ha hecho al ofrecernos en Cristo, de pura gracia, todas las cosas (Rom.8:32), ni las promesas ciertísimas del Señor Jesús de darnos todo lo que le pidamos (Juan 14:13; 1ª Juan 5:14-15). Tampoco vemos la preciosa obra del Espíritu Santo a nuestro favor para ayudarnos en nuestra debilidad, intercediendo por nosotros con gemidos indecibles (Romanos 8:26).

Nada de esto es asumido cuando el corazón está lleno de incredulidad y pereza. Pero Dios nos habla a tiempo para que despertemos a la fe y a la diligencia, para que cobremos las promesas de Dios y obtengamos lo que pedimos.

Santiago dice: “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís.” (4:2 b). El Señor dice: “Pedid ... buscad ... llamad.”

¿Qué diremos? ¿Hay algún impedimento insalvable? ¿Hay alguna voluntad que se oponga al deseo de Dios? Si tocamos el corazón de Dios, alineando nuestra voluntad a la suya, y decide concedernos lo que pedimos, no habrá ninguna voluntad u obstáculo en el mundo que pueda impedir que recibamos lo que Dios ha decidido darnos.

¹ No aceptamos ser involucrados en la larga y triste disputa entre calvinistas y arminianos. No somos teólogos, así que, permítasenos creer a la Palabra sola, por encima de estas largas y bizantinas discusiones teológicas.

² Biblia Versión Moderna de H.B. Pratt.



Un moderno Zaqueo

Yo, Allan Harangui, alias Waniek Harangui, Apartado postal 40380, Nairobi, me he consagrado al Señor Jesucristo, y debo endeizar todos mis entuertos. Si tengo con usted alguna deuda, o le he hecho algún daño personal, o a alguna de las siguientes compañías de las cuales he sido director o socio: GUARANTEED SERVICES LTD., WATERPUMPS ELECTRICAL, y GENERAL CO. SALES AND SERVICES, tenga la bondad de ponerse en contacto conmigo o con mis representantes: J.K. Kibicho y Compañía, Abogados, Apartado Postal 7317, Nairobi, para pagarle. Cualquier cantidad adeudada será cancelada sin discusión. QUE DIOS Y SU HIJO JESUCRISTO SEAN GLORIFICADOS”

(Anuncio aparecido en el diario «The East African Standard» de Nairobi (Kenia), citado por R. Kent Hughes en Disciplinas de un hombre piadoso)

HACIA LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN



El ejercicio eficaz de la oración requiere del cumplimiento de ciertos requisitos tanto espirituales como prácticos. Todo creyente debe atenderlos desde el principio de la vida cristiana; si los descuida, corre el riesgo de no llevar fruto. He aquí una enseñanza básica y eminentemente práctica sobre la oración.

Un derecho básico

Los creyentes tienen un derecho básico mientras están en la tierra hoy y es que sus oraciones sean contestadas. Cuando la persona es regenerada, Dios le concede el derecho de pedir y de recibir respuesta. En Juan 16 dice que Dios responde cuando le pedimos en el nombre del Señor, para que nuestro gozo sea cumplido; y si oramos sin cesar, nuestra vida cristiana estará llena de gozo.

Si oramos sin cesar y Dios no nos contesta o si hemos sido cristianos por años y Dios a duras penas nos escucha o nunca nos responde, algo muy serio está pasando. Si hemos sido creyentes por tres o cinco años sin recibir respuesta a nuestra oración, somos cristianos extremadamente ineficaces. Aunque somos hijos de Dios, nuestras oraciones no son respondidas. Esto jamás debe suceder.

Todo creyente debe recibir de Dios respuesta a sus oraciones, pues tal experiencia es básica. Si Dios no nos ha contestado la oración por mucho tiempo, esto indica que algo se ha interpuesto entre Él y nosotros.

Nos gustaría preguntarle a cada creyente: ¿Ha aprendido usted a orar? ¿Ha contestado Dios su oración? Estamos equivocados si dejamos oraciones sin respuesta, porque las oraciones no son palabras al viento, puesto que se ofrecen para ser contestadas. Si usted ha creído en Dios, Él debe contestarle.

La oración puede considerarse el tema más profundo y a la vez el más sencillo. Es tan insondable que algunos nunca han orado como es debido a pesar de haber oído acerca de la oración toda su vida. Muchos hijos de Dios tienen el sentir de que jamás aprendieron a orar. Sin embargo, la oración es algo tan sencillo que tan pronto una persona cree en el Señor puede empezar a orar, y sus oraciones son contestadas. Si usted tiene un buen comienzo en su vida cristiana, siempre recibirá respuesta a sus oraciones.

Condiciones para que Dios nos conteste

Pedir

Todas nuestras oraciones deben ser peticiones genuinas delante de Dios. Después de que un hermano fue salvo, oraba todos los días hasta que un día una hermana le preguntó: “¿Ha escuchado Dios alguna vez tu oración?” Esto lo sorprendió, pues para él la oración era simplemente oración, y no veía razón para preocuparse si era contestada o no. Desde entonces, cada vez que oraba, le pedía a Dios que contestara su oración. Empezó a hacer memoria de cuántas oraciones no habían sido

respondidas, y descubrió que sus oraciones eran vagas y sin meta.

Si oramos sin esperar respuesta, como si fuese un ritual, no obtendremos respuesta. El Señor dice: “*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*” (Mt.7:7). Él quiere saber lo que uno quiere y pide específicamente. Sólo así Él se lo podrá dar. Esto es lo que significa “*Buscad*” y “*Llamad*”. Si su padre le pide cierta medicina, usted va a la farmacia y pide el medicamento exacto. Si no hemos recibido algo de Dios es porque no pedimos específicamente. El obstáculo está de nuestro lado, no en el de Dios.

El creyente debe aprender a orar con un objetivo concreto. “*No tenéis, porque no pedís*” (Stgo.4:2). Muchos oran sin pedir. No debemos levantarnos en la reuniones a orar por 20 minutos o media hora sin saber ni lo que decimos ni lo que queremos. Debemos aprender a ser específicos en la oración y saber cuándo Dios contesta nuestras oraciones y cuándo no.

No pedir mal

Hay una segunda condición al orar y es que no debemos pedir mal. “*Pedís, y no recibís, porque pedís mal*” (Stgo.4:3). No debemos orar sin dirección y sin control, ni pedir mal o descuidadamente ni pedir cosas innecesarias o que agraden a nuestra carne, ya que si lo hacemos, nuestras oraciones serán vanas.

Pedir mal significa solicitar más de lo que uno necesita o puede contener. Si uno se halla en una necesidad seria, está bien que pida a Dios que la resuelva, pero si no tiene ninguna necesidad, y pide cosas a Dios, está pidiendo mal. Sólo se debe pedir de acuerdo con la capacidad y necesidad de cada uno.



Quitar de en medio los pecados.

Algunos no reciben respuesta a sus oraciones debido a que algún pecado se interpone entre ellos y Dios. El salmo 66:18 dice: “*Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado.*” Si una persona está consciente de ciertos pecados y no está dispuesta a dejarlos, el Señor no le contestará las oraciones que haga. El Señor puede compadecerse de nuestra debilidad, pero no permitirá que abriguemos iniquidad en nuestro corazón.

En Proverbios 28:13 dice: “*El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia.*” Uno debe confesar los pecados y también pedir al Señor ser librado de ellos.

Creer

Por el lado positivo, la condición indispensable para que nuestra oración halle respuesta es la fe, ya que sin ésta la oración es ineficaz. “*Todo cuanto pidieréis en oración, creed que lo recibisteis ya, y lo tendréis*” (Mr.11:24.V.M.). Aquí no dice: “*Creed que lo recibiréis*”, sino “*que lo recibisteis ya*”. Creer es tener la certeza de que Dios *ya* respondió nuestra oración, y no la convicción de que Dios *responderá* nuestra oración. La fe genuina se expresa con la expresión *hecho está*, y con agradecer a Dios por haber respondido nuestra oración.

En el evangelio de Marcos encontramos algunos ejemplos de fe. Vemos en él *tres expresiones que aluden de modo especial a la oración.*

a) *El poder del Señor: Dios puede.* En Marcos 9:21-23 se ve el caso de un padre que intercede por su hijo enfermo, quien le dice al Señor: “*Si puedes hacer algo ... ayúdanos*”. El Señor le respondió con sus mismas palabras: “*Si puedes creer, al que cree todo lo es posible.*” El asunto no dependía de si el Señor podía, sino de si el hombre creía. Cuando el hombre está en dificultades, duda mucho y se le hace difícil creer en el poder de Dios. El Señor Jesús reprendió al padre por dudar del poder de Dios. Cuando los hijos de Dios oran deben decir: “*¡Señor, tú puedes!*” En nuestra oración necesitamos saber que “*Dios puede*” y que nada es imposible para el Señor.

b) *La voluntad de Dios: Dios quiere.* En Marcos 1:41 el Señor dice a un leproso: “*Quiero, sé limpio.*” Aquí nos planteamos la interrogante de si Dios *desea* hacer algo, no si Él *puede*. Si Dios no desea sanar, la grandeza de su poder no tendrá efecto en nosotros.

La primera pregunta que hay que hacer es si Dios *puede*, y la segunda es si Él *quiere*. En este caso, el Señor, lleno de compasión, tocó al leproso (la lepra era una enfermedad inmundada según la ley de Moisés) y lo sanó.

“Dios puede” y también “Dios quiere”.

c) *La acción del Señor: Dios la realizó.* En Marcos 11:24 dice que Dios ya efectuó algo. La fe no es creer que Dios puede hacer algo y que lo hará, sino creer que Él ya lo hizo. Cuando la fe es perfecta, no sólo dirá “Dios puede” y “Dios quiere”, sino también “Dios ya lo hizo”.

Los creyentes deben aprender a orar en dos etapas. En la *primera* deben orar hasta recibir la promesa, la palabra específica de Dios para ellos. Todas las oraciones comienzan por pedirle al Señor algo y pueden continuar por un período de quizás tres o cinco años. Es necesario seguir pidiendo. Algunas oraciones son contestadas inmediatamente, mientras que otras se tardan años, y es entonces cuando se debe perseverar. La *segunda* etapa se extiende desde el momento en que se recibe la promesa, la palabra específica de Dios, hasta que la promesa se cumple. En esta segunda etapa no se pide, sino que se ofrece alabanza, hasta que la palabra se haya cumplido. Este es el secreto de la oración.

En la primera etapa uno avanza en la oración desde no tener nada hasta recibir fe, y en la segunda uno avanza en la alabanza desde que recibe la fe hasta palpar la realidad de lo pedido.

Si hacemos esto, recibiremos lo que pedimos, y la oración será una herramienta poderosa en nuestras manos.

Perseverar en el pedir

Otro aspecto que requiere mucha atención en cuanto a la oración es que debemos perseverar y nunca desmayar (Lc. 18:1). Ya que algunas oraciones requieren perseverancia, debemos orar hasta que la oración agote al Señor y lo obligue a contestar. En Marcos 11 se nos dice que debemos orar hasta que tengamos fe, y en Lucas 18 se nos dice que debemos pedir al Señor hasta que Él se vea obligado a contestar. Estas dos clases de fe son diferentes, pero no son contradictorias.

Muchas oraciones son oraciones sin sustancia. Una persona puede orar por uno o dos días, pero después de tres meses se olvida por completo del asunto; otros piden algo una vez y no lo solicitan por segunda vez, lo cual muestra que no están interesados en recibir lo que piden. Cuente las veces que ha hecho la misma oración más de dos, tres, cinco o diez veces. Si usted ya olvidó sus oraciones, ¿cómo puede esperar que Dios las recuerde? Si usted no tiene interés en cierta petición, ¿cómo puede esperar que a Dios le interese escuchar? La verdad es que usted no tiene el deseo de recibir lo que está pidiendo. Una persona orará persistentemente sólo si tiene una verdadera necesidad, y sólo cuando es presionado por circunstancias difíciles. En tales casos, esa persona perseverará por mucho tiempo, y no dejará de orar. Le dirá al Señor: “*¡Señor! No*

dejaré de orar hasta que me respondas.”

Si usted quiere pedir algo y verdaderamente lo desea, debe molestar a Dios y pedirle con insistencia hasta que lo oiga. Al hacer esto, Dios no tiene otra alternativa que contestarle, ya que usted lo ha forzado a actuar.

La práctica de la oración

Cada creyente debe hacer una libreta de oración cada año para anotar en ella sus oraciones, como si se tratara de un libro de contabilidad. Cada página debe tener cuatro columnas. En la *primera* anotará la fecha en la cual empezó a orar por algo; en la *segunda*, el objeto por el cual ora; en la *tercera*, la fecha en la cual recibe respuesta a la oración; y en la *cuarta*, debe dejar constancia de la manera en que Dios contestó la oración. Entonces, el creyente se dará cuenta cuántas cosas ha pedido, cuántas el Señor ha respondido, y cuántas están pendientes.

La ventaja de anotar toda esta información en un solo cuaderno es que nos muestra si Dios contesta nuestras oraciones o no, porque cuando Dios se detiene, debe de haber alguna razón para que esto suceda.

Es bueno que los creyentes tengan celo al servir al Señor, pero tal servicio es inútil si sus oraciones no reciben respuesta.

En cierta ocasión un hermano anotó los nombres de 140 personas y oró pidiendo que fuesen salvas. Algunas personas fueron salvas el mismo día. Después de año y medio, sólo dos de ellas no habían sido salvas. Este es un excelente modelo para nosotros.

Respecto de la oración, usted no puede ser negligente por ningún motivo. Debe aprender desde el principio a ser estricto en este asunto y debe ser serio ante Dios. Una vez que comience, no se detenga hasta que obtenga la respuesta.

Al usar su cuaderno de oración, note que algunas oraciones necesitan oración continua, y otras sólo una vez a la semana. Este horario depende del número de peticiones que tenga anotadas en el libro. Igual que los hombres organizan su agenda de actividades, también nosotros debemos administrar nuestro tiempo de oración.

Las oraciones en que pide luz, vida y gracia y dones para la iglesia, son oraciones que se dirigen a temas generales, no es necesario clasificarlas con nuestras oraciones específicas. Debemos orar diariamente por estas grandes cosas.

Cuando un hombre cree en el Señor, debe aprender a orar sin cesar. Debe aprender bien la lección de la oración antes de tener un conocimiento profundo de Dios y llevar fruto en abundancia.



LA ORACIÓN DE AUTORIDAD

Muchas clases de oración se ofrecen delante de Dios, y todas ellas ocupan un importante lugar en la vida cristiana. Sin embargo, la oración de autoridad, en la cual no se pide, sino se manda, tiene una importancia capital, especialmente para enfrentar ciertos problemas que proceden de la carne, del enemigo y del mundo.

En las Escrituras encontramos muchísimas oraciones que se realizaron en las más variadas formas, circunstancias y lugares. Moisés oró frente al mar, acosado por una situación imposible; Elías oró en la cumbre de un cerro ante millares de espectadores; Jonás oró desde el vientre de un pez; Jesús lo hizo en lugares desiertos de noche y de día; y Pablo desde un barco en medio de una tormenta.

Entre todas ellas, existen tres tipos de oración claramente diferenciadas: La oración *penitente*, la oración *intercesora* y la oración *de autoridad*. En la oración *penitente* el pecador se arrepiente de sus pecados y pide perdón a Dios; si es un creyente que ha caído en pecado, se vuelve a Dios, humillado y arrepentido, suplicando ser restaurado en la comunión con Dios y su pueblo. La oración *de intercesión*, por su parte, es aquella oración sacerdotal en la que nos ganamos en la brecha, entre Dios y los hombres necesitados; pedimos a favor de otros, traemos a Dios a los hombres y a los hombres a Dios, desde nuestra posición “en Cristo”.

La oración de autoridad, por su parte, es aquella en que la petición se transforma en una orden, que no se dirige tanto a Dios cuanto al objeto que está estorbando adelante. Es el ejercicio de la autoridad de Dios para atar y desatar.

A este último tipo de oración quisiéramos referirnos brevemente.

Atar y Desatar

“... A quienes remitireis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (Jn. 20:23). “... Todo lo que

atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mt.16:19; 18:18).

El texto de Juan coincide con los de Mateo y se trata de la disciplina en el cuerpo de Cristo. Aquí se trata de la autoridad concedida a los apóstoles, primeramente, y luego a los que presiden en la iglesia local. A los ancianos les es dada la responsabilidad de incluir o excluir de la comunión de los creyentes a los que andan desordenadamente. La misma autoridad se le concede a los delegados apostólicos: “Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo” (Tito3:10).

En tal caso, el abrir o cerrar la comunión a los hermanos, es un acto de atar y desatar; se ata a los que causan divisiones y sostienen herejías; se desata a los que –arrepentidos– vienen buscando hacer la voluntad de Dios. Los hermanos que presiden en el Señor, luego de tener el testimonio del Espíritu Santo, ejercen autoridad espiritual a través de la oración, la cual absuelve del pecado y restaura la comunión en el cuerpo de Cristo.

La ministración del perdón no es prerrogativa exclusiva de los ancianos o delegados apostólicos: cualquier hermano o hermana maduros en la fe, están en condiciones de absolver de culpas al que se arrepiente, pero se requiere que ese acto de restauración sea observado por el cuerpo y aprobado por los hermanos responsables del gobierno de la iglesia.

Cuando la iglesia discierne que algo no es de Dios, acude al trono de Dios para atar una situación que evidentemente es contraria a la voluntad de Dios en la tierra. Dios oír esta oración, y esa acción quedará detenida en los cielos.

Muchas veces tenemos que desatar a cristianos que han sido afectados por falsas doctrinas de hombres o doctrinas de demonios, sectas heréticas que han bloqueado la mente de tantos creyentes. En estos casos, la oración de autoridad es sumamente efectiva.

Atamos lo que no es de Dios y desatamos lo que es de Dios. Atamos al diablo y a los demonios y a todo hombre que actúe de parte de Satanás. Resistimos las fuerzas del maligno con oraciones que, cual flechas de arqueros, dan con certeza en el blanco. Acometemos contra toda oposición enemiga, sea de la carne, del mundo o de Satanás. Todo lo que no es de Dios hay que derribarlo. Cual iconoclastas nos levantamos para destruir los altares de los ídolos. No se trata de derribar imágenes físicas, pues ellas son insignificantes: se trata de derribar los ídolos que hay en el corazón de los hombres, tales como la sensualidad o la avaricia.

Toda disciplina ejercida de parte de Dios a través de los hermanos que presiden en la iglesia local, ha de tener el sentido último de rescatar del error al que se ha extraviado. Pablo dijo a los que presidían en Corinto: “Reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús” (1Cor.5:4-5). Este hombre, al ser excluido de la comunión de los santos, quedó a la intemperie espiritual. Sin embargo, la disciplina cumplió su fin, que era la rehabilitación del hermano. En la segunda epístola a los Corintios 2:6 señala lo siguiente: “Le basta a tal persona esta reprobación hecha por muchos; así que al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido de demasiada tristeza. Por

lo cual os ruego que confirméis el amor para con él... y al que vosotros perdonáis, yo también; porque también yo lo he perdonado". Indudablemente este párrafo se refiere al mismo hombre que había sido disciplinado.

Muchas veces al disciplinar a un hermano tendremos que llorar por él y con él; pues no somos jueces de los hermanos. Sin embargo, hemos de guardar la santidad de la casa de Dios, considerándonos a nosotros mismos, pues también podríamos ser tentados, y extraviarnos.

Derribar y Edificar

"... He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel. En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles, y en un instante hablaré de la gente y del reino, para edificar y para plantar" (Jer.18:6-9).

La obra de Dios es la formación de Cristo en nosotros. Dios trabaja para conseguir lo que Él mismo se propuso en la eternidad pasada. Para conseguir esto, necesariamente, Él tiene que derribar para luego edificar. Tiene que derribar la entereza de nuestra alma, la testarudez, la obstinación, la rebeldía, el ensimismamiento ...; en definitiva, el egocentrismo de nuestra naturaleza. En la medida que vamos siendo derribados de nosotros mismos, vamos siendo incrementados del carácter de Cristo.

Dios usará nuestros fracasos para derribarnos ... ¡benditos fracasos! La defeción de nuestra alma es muy grande, así que tenemos que aprender a despreciar nuestro carácter, a renunciar al amor desmedido por nosotros. La cultura humanista nos dice: "¡Tú puedes! ¡Anímate... levántate! En tus propias fuerzas, a partir de ti mismo ...". El Señor, en cambio, nos dice: "... Sin mí, nada puedes hacer". Pablo también nos dice: "... Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". Nuestra edificación es en Cristo, por lo cual hemos de ser restados de todo lo nuestro, a fin de que se produzca el milagro de esta metamorfosis: el ser conformados a la imagen de Cristo.

¡Cuánto podríamos avanzar en el desarrollo como creyentes si tan sólo orásemos para derribar lo que es de la carne! Los que tienen revelación de Dios, saben que Él edifica destruyendo primero.

Los cristianos inmaduros querrán evitar los sufrimientos, como aquel hombre que observaba un gusano de mariposa envuelto en su capullo. Él veía con qué dificultad la mariposa luchaba para zafarse de aquella cárcel, entonces quiso ayudarla, rompiendo cuidado-

samente el capullo. Infelizmente, aquella mariposa quedó atrofiada y jamás pudo volar.

El sufrimiento, las dificultades, las pruebas en la vida, son necesarias para nuestro desarrollo, y cuando nosotros o alguien quiere evitarlas, nos causa un grave daño. Usted puede ayudar orando para derribar la vida del alma, aunque esto le traiga una cuota de dolor, pero será una manera eficaz de que los creyentes levanten sus alas espirituales.

Conocida es la anécdota de un joven ministro que fue donde un anciano pastor, para que le bendijese y orase por él para que tuviese más paciencia. El anciano puso las manos sobre su cabeza y levantó esta oración: "¡Señor, te ruego que envíes más aflicciones sobre este tu siervo!". Es obvio que ese anciano conocía el principio de Dios en cuanto a derribar para luego edificar. Pablo nos dice: "... Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día" (2Cor.4:16).

Montes y Valles

"Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane" (Is.40:4); "... Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí para allá, y se pasará; y nada os será imposible" (Mat.17:20); "Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen" (Ex.14:15).

Los montes representan a las personas grandes en sí mismas, y los valles a los que son pequeñas en sí mismas. ¡Cuántos hombres llenos de sí mismos suelen estar al frente de la obra de Dios! Estos deberían ser bajados ... ¿cómo? Por la oración de autoridad. Oremos para que Dios levante a los que le representan a Él y baje a los que se levantan en sí mismos.

Dios quiere levantar su iglesia gloriosa y no líderes particulares. Hoy abundan los ministerios de hombres carismáticos que brillan por sus dones. Pero los dones no justifican nuestras deficiencias como siervos de Dios. Dios no está interesado en levantar hombres, sino su iglesia. Y en la iglesia abundan los valles, los pequeñitos que tienen apenas un talento. A éstos Dios quiere alzarlos. Él quiere que tengan un lugar en la casa espiritual; quiere que todos estos le sirvan; que los de muchos talentos den lugar a los que tienen menos talentos. Que los montes sean bajados y los valles alzados.

Las dificultades

En otro sentido, los montes representan las dificultades que se nos presentan en la vida diaria. El creyente maduro sabe distinguir de dónde le viene la aflicción. Las pruebas vie-

nen de Dios, los problemas los ocasionamos nosotros y las trampas o estratagemas nos vienen del maligno. Ante esto hemos de discernir cuál es la fuente de cada aflicción. ¿Las ocasionamos nosotros? Arrepintámonos y pidamos perdón a Dios reconciliándonos con Él. Si la prueba viene de Dios, pidamos fortaleza para soportar, y que la paz del Señor sea suficiente para pasar esos momentos de muerte. Ahora bien, si las aflicciones vienen de parte de Satanás, es hora de echar mano a la oración de autoridad para mover esas montañas de problemas, diciéndoles: "¡Desarraigaos! ¡Apartaos de mí! ¡Fuera de aquí!".

Cuando Moisés y el pueblo de Israel estuvieron frente al mar Rojo, y el ejército de Faraón acechaba desde la retaguardia, Moisés fue impelido a orar en busca de socorro. En ese momento, Dios le dice: "¿Por qué clamas a mí? Di al pueblo que marche." No era un momento apropiado para hincarse de rodillas y pedir, sino para echar mano de la oración de autoridad y hablarle a la dificultad que estaba al frente. Así, muchas veces nos veremos rodeados de opresiones del enemigo; será el momento de usar el poder de la palabra para deshacerlas.

Las Armas de Nuestra Milicia

"Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Cor.10:45).

La oración de autoridad cuenta con un arsenal espiritual tremendamente poderoso. De acuerdo a este texto, la mayor dificultad está en nuestra propia naturaleza carnal. El peor enemigo que tengo, soy yo mismo. Toda la artillería va dirigida contra mí mismo. Se levantan fortalezas mentales de todo tipo; a veces para dudar, otras, para maquinarse situaciones contrarias al conocimiento de Dios; y otras en donde la mente se introduce en la obra de Dios como queriendo ayudarlo.

La mente es como un vientre materno donde se concibe la maldad, a causa de la concupiscencia del corazón: "He aquí, el impío concibió maldad, se preñó de iniquidad, y dio a luz engaño" (Sal.7:14). Todo el proceso de dar a luz un bebé, se da en el impío que presta su mente para encubar y dar a luz el pecado. Es lo que dice Santiago: "... Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado siendo consumado, da a luz la muerte" (1:13-14). ¿Se da cuenta, cuán grande enemigo tenemos dentro de nosotros mismos? Pero gracias a Dios por las armas

espirituales con que Él nos ha capacitado para hacerle frente.

La oración de autoridad es la más poderosa y efectiva arma contra la enemistad hacia Dios que se levanta en nuestra mente. ¡Querido hermano: di la palabra! Un poco de fe, mueve montañas y las traslada al mar. No es cualquier palabra mágica, sino la palabra de fe, la cual nos ha sido dada por la revelación de Jesucristo, por su vida y por su Espíritu que está en nosotros.

¿Cómo es que nuestra mente se vuelve enemiga de Dios? Es por causa de nuestras debilidades. Muchas veces no nos damos ni cuenta cómo el enemigo de Dios y de nuestras almas, Satanás el diablo, se introduce con

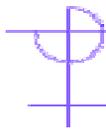
sutiles estratagemas, y con engaños, y logra infiltrar pensamientos en nuestra cabeza; y nosotros no lo percibimos o bien somos negligentes en rechazarlos. ¡Dios nos socorra! La mente es una ciudadela que hemos de defender y guardar para Dios. Es vulnerable y dócil al llamado del enemigo.

Pero cuando el creyente maduro ha conocido el daño causado por el enemigo, y, al oír la voz de Dios, prorrumpe con voz de guerrero, atando al enemigo, y rompiendo sus cadenas con oraciones de autoridad, nacidas de una fe revelada, por la palabra de Dios, el creyente lo expulsa de su mente y se purifica para Dios. Y si no lo logra por sí mismo, entonces acude al cuerpo para ser socorrido, y abrirá

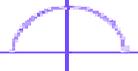
su corazón, confesará su pecado. Esto dará lugar al triunfo de la luz sobre las tinieblas. Así, la oración de autoridad esgrimida contra el enemigo será eficaz para cortar con toda oposición.

Notemos, entonces, cuán importante es la oración de autoridad por lo que abarca: La disciplina en la iglesia, la resistencia de toda fuerza del enemigo, el derribamiento de las dificultades, la edificación de los hermanos y la purificación de la mente.

Dada la importancia de este tipo de oración, prestémosle la debida atención, tanto en lo personal como concertados con otros hermanos.



PARA MEDITAR



“Para aprender a orar, hay que orar. La única manera de comprender las profundidades de la oración, es orando, no leyendo acerca de ella en los libros. Llegamos a las alturas más inalcanzables orando, no escuchando sermones. La única forma de aprender a orar es orando de rodillas, humillados y quebrantados. Es una habilidad que se desarrolla a través de la experiencia. Aprenderla es como dominar un oficio. Como aprendices, debemos dedicarnos a ella. Es indispensable el deseo genuino, la práctica, la planeación y el tiempo, para llegar a ser especialistas en ella.”

Dick Eastman, en No es un camino fácil

“Jesús nunca enseñó a sus discípulos a predicar; solamente les enseñó a orar. No hablaba mucho de lo que se necesitaba para predicar bien; pero habló mucho de orar bien. Saber cómo hablar a Dios, es más que saber cómo hablar a los hombres. No el tener poder con los hombres, pero el tener poder con Dios, esa es la primera y principal cosa.”

Andrew Murray: Con Cristo en la Escuela de la Oración

“Tu parte en la oración intercesora no es debatirte acerca de cómo interceder, sino emplear las circunstancias diarias y las personas que Dios pone a tu alrededor en Su providencia para presentarlas delante de Su trono, y dejar que el Espíritu en ti tenga la oportunidad de interceder por ellas. De esta manera, Dios alcanza el mundo a través de sus santos.”

Oswald Chambers: En pos de lo Supremo

“Derrama el deseo de tu corazón delante de Dios, y espera en silencio delante de Él. Siempre deja un tiempo en silencio al orar, no sea que el Padre celestial quiera revelarte su voluntad. Ven al Padre como un hijo indefenso, herido por diversas caídas, destituido de la fortaleza, para permanecer en pie, o del poder para limpiarte a ti mismo.”

Madame Guyon: Experimentando a Dios a través de la oración

“Lo que la iglesia necesita hoy día, no es más o mejor mecanismo, no nuevas organizaciones o más y modernos métodos, sino hombres a quienes el Espíritu Santo pueda usar; hombres de oración, hombres poderosos en oración. El Espíritu Santo no fluye a través de los métodos, sino a través de los hombres. El no desciende sobre los mecanismos, sino sobre los hombres. El no unge planes, sino hombres, hombres de oración.”

E.M. Bounds: El predicador y la oración

“Muchas oraciones carecen de sinceridad. Muchos piden cosas que en realidad no desean. Muchas mujeres están orando por la conversión de sus esposos, la que en realidad no anhelan. Creen que lo desean, pero si comprendieran lo que significa, cómo necesitaría una revolución completa en sus métodos de negocios, y cómo por consiguiente acortaría sus ingresos y que sería preciso cambiar por completo su modo de vivir, la petición verdadera de su corazón sería, si hubiera sinceridad para con Dios: “Oh Dios, no conviertas a mi esposo. No deseo su conversión a un costo tan grande.”

R.A. Torrey: Cómo orar

“La oración abre, por así decirlo, el corazón de Dios, y por medio de ella, el alma, aun estando vacía, se llena. Por la oración, el cristiano puede, también, abrir su corazón a Dios como lo haría con un amigo, y obtener de Él un renovado testimonio de Su amistad.”

Juan Bunyan: La Oración

“El poder de la oración es tan fuerte y tan móvil que todo lo que tenemos que hacer cuando oramos es señalar la persona o la cosa a la que deseamos se aplique el poder, y Él, el Señor de ese poder, lo dirigirá al lugar deseado.”

Olan Hallesby, en La oración

24 principios sobre la oración

La oración es la más poderosa herramienta concedida a los hijos de Dios. Sin embargo, muchos ignoran cuáles son los principios que la rigen y que la hacen efectiva. He aquí una síntesis de preciosas verdades, aprendidos en el fuego del crisol por destacados hombres de Dios, y que hoy están a nuestra disposición para nuestro uso y provecho.

1 La oración no comienza en el hombre, sino en Dios. El hombre no sabe orar; por tanto, lo primero que hemos de pedirle a Dios es que Él nos enseñe a orar y que ponga en nuestro corazón el deseo por las cosas que Él quiere hacer. La oración que comienza en el hombre, como un mero deseo o propósito humano, termina antes de comenzar, o aborta a poco andar.

2 La oración debe estar impregnada de alabanza y adoración. Así, damos a Dios el lugar que le corresponde, reconociendo su poder y soberanía sobre nosotros, su amor, su fidelidad y sus maravillosos dones de amor. Así también despojamos al ego de su lugar y ponemos la mirada en el Señor.

3 Para obtener cosas mediante la oración es preciso conocer la voluntad de Dios respecto a todas las cosas. Si no conocemos la voluntad de Dios respecto a un determinado asunto estaremos pidiendo en un sentido equivocado, y Dios no nos concederá porque no estaremos orando conforme a su voluntad.

4 Con todo, pudiera ser que Dios conteste alguna oración que no se originó en Él. Entonces, dicha respuesta, que no procede de su voluntad perfecta, traerá consigo castigo y desdicha (Salmo 106:15).

5 Para conocer la voluntad de Dios debemos dejar que su Espíritu nos permita penetrar en su voluntad, en sus pensamientos y deseos, y su propósito, hasta que ellos se convierten en nuestra voluntad, en nuestro pensamiento y, consecuentemente, en nuestra oración. Esta oración es de gran valor. Si dejamos que el Señor imprima en nosotros lo que Él desea hacer, podremos interceder con gemidos, y habrá una verdadera oración de intercesión.

6 El pueblo de Dios tiene que orar antes que Dios se mueva y obre. Dios no se moverá antes que su pueblo lo haga. La voluntad y el

poder de Dios se pueden comparar con una locomotora. Siendo una máquina de gran potencia, no puede avanzar a menos que tenga vías por las cuales hacerlo. Las oraciones ponen las vías para que Dios pueda obrar. La oración prepara el camino para que Dios actúe.

7 La oración no cambia lo que Dios ha determinado, pero la falta de oración puede limitar a Dios. La oración no puede obligar a Dios a hacer lo que Él no quiere hacer. Sin embargo, muchas cosas que Dios quiere hacer no las puede hacer, porque el pueblo de Dios no coopera con Dios orando para que Él pueda hacerlas. La falta de oración pone restricciones a Dios y retrasa su obra. Si no tomamos la responsabilidad de la oración, estamos impidiendo el cumplimiento de la voluntad de Dios.

8 En el universo hay tres voluntades: la voluntad de Dios, la voluntad de Satanás y la voluntad del hombre. Dios no destruirá a Satanás por sí mismo, sino que busca tener la voluntad del hombre unida a la suya, para, por medio de él, destruir a Satanás. Así que, cada vez que oremos, necesitamos ver estos tres aspectos: a) A quién estamos orando (Dios); b) conocer a aquel por quien oramos (el hombre); y c) saber contra quién oramos (Satanás). Nuestra oración se dirige a Dios, a favor de los hombres, y contra Satanás.

9 Cuando oramos conforme a la voluntad de Dios, nuestra oración revolverá el infierno y afectará a Satanás. Éste atacará con la intención de que nuestra oración cese; o bien pone obstáculos para que la oración sea detenida en los aires (Daniel 10:1-21). Por eso, debemos identificar sus tretas y clamar a Dios por venganza, pidiéndole, según sea el caso, que Él lo maldiga (Génesis 3:14), que lo haga callar (Marcos 1:25), que lo ate (Mateo 12:29), que deshaga sus obras (1 Juan 3:8), que lo reprensione (Judas 9); que lo quite de delante de nosotros (Mateo 16:23); que nos libre de él

(Mateo 6:13), y que lo avergüence una vez más (Colosenses 2:15). Muchas veces será necesario arremeter con fuerza contra Satanás, rechazando el hostigamiento permanente que realiza sobre nosotros.

10 Dios desea que muchos sacerdotes acompañen al gran Sumo Sacerdote en su obra intercesora. La más noble oración es la que se hace a favor de otros, por lo que requiere de hombres que hayan sido ennoblecidos para realizarla. Hablar a los hombres acerca de Dios es una gran cosa, pero hablar a Dios acerca de los hombres es más grande aún.

11 La oración es la clave de todo ministerio cristiano. Lo que no hace el colegio, la teología, los libros y la erudición lo hace la oración en la formación de un verdadero ministro. Un ministro que no empapa su mensaje en oración puede complacer el intelecto, pero no producirá ningún fruto espiritual perdurable.

12 La oración no es un ejercicio para ser realizado descuidadamente y con premura. Más vale no orar que orar a la rápida, como un mero ejercicio para tranquilizar la conciencia. Mucho tiempo empleado con Dios es el secreto de toda oración de éxito.

13 Las más de las veces habrá la necesidad de sostener una oración con perseverancia. Aunque la fe es primordial para recibir las cosas que pedimos, la paciencia es su complemento. Aprendamos a concederle tiempo a Dios. En esa espera se nos irán adhiriendo otros dones que ni siquiera habíamos pedido.

14 La oración no es sólo la instancia para pedirle cosas a Dios o para agradecerle. Es también el tiempo que le concedemos a Dios para que nos transforme, y nos deje impregnados de divinidad.

15 Quienes no apartan tiempo para orar, no oran; y quien no acude a la cámara secreta para estar a solas con Dios no orará eficazmente (Mateo 6:6).

16 Hay oraciones generales y también oraciones específicas. Hagamos oraciones generales, pero hagamos también oraciones específicas. Hacer una oración general cuando se requiere una oración específica es dejar muchos claros a Satanás para que él nos ataque. Debemos cuidar todos los detalles de una cierta cosa y así cerrar todo portillo al diablo.

17 Toda vez que sintamos una urgencia para orar, oremos, aunque no hayamos planeado de antemano hacerlo en ese momento. Esto indica que hay un asunto en la voluntad de Dios que requiere nuestra oración. Si no oramos, sentiremos un ahogo interno y Dios no nos podrá ocupar; si oramos, la oración será algo suave y gustoso, y Dios volverá a confiar en nuestra oración. Si no sentimos jamás esta urgencia, hemos perdido la comunión con Dios y Él ya no puede usarnos en su trabajo.

18 Si la carga de oración en el corazón se vuelve demasiado pesada y no podemos aliviarla con la mera oración, entonces

debemos ayunar. Al orar con ayuno, la carga se alivia y desaparece.

19 El principio de orar tres veces (Mateo 26:44); 2ª Corintios 12:8) no significa necesariamente orar tres veces, sino orar sostenidamente las veces que sea necesario, hasta obtener una respuesta del Señor. Cuando esto ocurre, la carga que la provocó desaparece y alcanzamos la paz del Señor tocante al asunto por el cual hemos orado.

20 Después de orar, es preciso velar y observar cuidadosamente todos los cambios que se producen como resultado de nuestra oración. Ello nos permitirá reorientar la oración, redoblar su intensidad, o bien dar gracias por la respuesta, según sea el caso.

21 Aparte de la oración personal, está la oración colectiva, que es la oración de la iglesia. En muchas cosas, la oración personal es insuficiente; entonces se hace necesario que la iglesia ore. La porción de Cristo es más grande cuando los creyentes se reúnen en el nombre del Señor que en cada individuo en particular.

22 Para la iglesia local, la oración no es sólo una opción, sino que es su trabajo más importante, su ministerio funda-

23 mental. Si falla en esto, no surtirá efecto lo mucho que pueda hacer.

Según Mateo 18:18-20, la iglesia (representado en los “dos o tres”) gobierna el cielo. Lo que ella decide, Dios lo hace. Esto es real cuando la iglesia local ha alcanzado una plena armonía con el Espíritu Santo, de manera que allí se conoce y se expresa perfectamente la voluntad de Dios. Cuanto mayor sea la capacidad de oración de la iglesia, más alcance tendrá la obra de Dios, y más expresión su voluntad. En la medida que la iglesia ore por grandes cosas, Dios podrá hacerlas.

24 La oración de autoridad, a diferencia de las demás, va en una dirección opuesta, es decir, no de abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo. Esto significa que el creyente se afirma en la posición celestial que Dios le ha dado en Cristo —una posición de victoria— y utiliza la autoridad para atar y desatar, para resistir las obras de Satanás ordenando que se cumpla lo que Dios ha ordenado, o bien para ordenar a los montes que se muevan (Marcos 11:23). Esta oración no se dirige a Dios, sino desde el trono de Dios, donde el creyente está sentado juntamente con Cristo.



CITAS ESCOGIDAS

“A Dios le gusta tanto la oración importuna, que sin ella no nos dará mucha bendición.”

Adoniram Judson

“El cielo está demasiado ocupado para atender oraciones frías.”

E.M. Bounds

“Las cosas alcanzadas por oración tienen pocas espinas, la maldición de ellas ha sido quitada.”

Thomas Goodwin

“La oración es el pequeño nervio que mueve el músculo del Omnipotente.”

C.H. Spurgeon

“La manera más segura y rápida de poner a una iglesia sobre sus pies, es ponerla sobre sus rodillas.”

Anónimo (Tomado de la Web cristiana)

“El hombre que más se inclina en la presencia de Dios, es

el que más firme está en la presencia del pecado.”

Anónimo (Tomado de la Web cristiana)

“No podemos ser blandos en nuestra vida cristiana; tenemos que ser soldados.”

Ian Thomas

“El diablo es como un buen mercader de vacas, que le da la vuelta a la vaca y conoce todos sus puntos flacos.”

Corrie Ten Boom

“Mucho del ruido que hacemos es un sustituto del poder. El ruido no es poder.”

Kathryn Kuhlman

“Satán se ríe de nuestros esfuerzos, se burla de nuestra prudencia, pero tiembla cuando oramos.”

Anónimo

“La oración es un alma que se descubre ante Dios.”

Phillip Brooks

En la escuela de la oración



La teoría sobre la oración suele ser vasta y espléndida; sobre ella se han escritos cientos de excelentes libros; sin embargo, la práctica de ella presenta algunos obstáculos que hay que vencer. He aquí los testimonios de cómo tres siervos de Dios vencieron esos inconvenientes, y lograron ejercitarse en la oración hasta alcanzar la bendición de Dios en sus ministerios.

J. Sidlow Baxter / El problema está adentro

Esa mañana, el pastor J. Sidlow Baxter, parado frente a su escritorio abarrotado de correspondencia, miró su reloj. Sintió la voz del Espíritu Santo que lo llamaba a orar; pero, al mismo tiempo, escuchó otra vocecita aterciopelada que le decía que fuera práctico y respondiera la correspondencia; que aceptara el hecho de que él no era del “grupo de los espirituales”, y que sólo unos pocos podían serlo.

Estas últimas palabras le dolieron como una puñalada. No podía soportar el pensamiento de que eso fuera cierto.

Recordó cuando entró al ministerio dispuesto a ser un auténtico hombre de oración. Sin embargo, no había transcurrido mucho tiempo sin que sus responsabilidades administrativas cada vez mayores, lo hubieran llevado a poner a un lado la oración. Además, comenzó a acostumbrarse a eso, inventado excusas para sí mismo.

Ahora estaba horrorizado de su capacidad de justificar su falta en cuanto al mismísimo fundamento de su vitalidad y poder espiritual como pastor. Entonces, escudriñó sinceramente su corazón y encontró que había en su persona una parte que no quería orar y otra que sí lo deseaba. La parte que no quería eran sus sentimientos; la parte que sí lo deseaba eran su intelecto y su voluntad. Este análisis le allanó el camino a la victoria.

Entonces decidió enfrentarse a su Voluntad, dirigiéndole una pregunta directa:

—Voluntad, ¿estás preparada para una hora de oración?

La Voluntad respondió:

—Lo estoy, y de veras lo estoy si tú lo estás.

Así, Voluntad y él se dieron el brazo y se dispusieron a orar. De inmediato todos los sentimientos comenzaron a tirar hacia su lado y a protestar.

—Nosotros no queremos orar.

Baxter notó que Voluntad titubeó un poco, así que le preguntó:

—¿Podrás aguantar, Voluntad?

—Sí — le dijo —, si tú puedes, yo puedo.

Entonces Voluntad dio un paso y se pusieron a orar, haciendo frente a esos sentimientos serpenteantes y turbulentos que había en ellos. Fue una lucha sin cuartel. En cierto momento, cuando Voluntad y él estaban en medio de una intercesión fervorosa, se dio cuenta repentinamente de que uno de esos traicioneros sentimientos había tendido una trampa a su imaginación y se había escapado al campo de golf; y entonces hizo todo lo que pudo para traer de vuelta al travieso bribón. Un poco más tarde, se dio cuenta de que otro de los sentimientos se había escabullido con algunos pensamientos desprevenidos, y estaba en el púlpito, dos días antes de la fecha, *ipredicando un sermón que aún no había terminado de preparar!*

Al final de esa hora, si alguien le hubiese preguntado a Baxter si lo pasó bien, habría tenido que responderle: “No. Ha sido una lucha agotadora contra unos sentimientos contradictorios y una imaginación perezosa, de principio a fin.”

Y lo que es más, esa batalla con los sentimientos continuó por dos o tres semanas más. ¿Lo pasó bien durante sus oraciones diarias? No. A veces le parecía como si los cielos fueran de plomo; como si Dios estuviera demasiado distante para oír; como si el Señor Jesús estuviera extrañamente reservado; y como si la oración no sirviera de nada.

Sin embargo, algo *estaba* sucediendo. En primer lugar, Voluntad y él le enseñaron, de veras, a los sentimientos, que eran completamente independientes de ellos. Además, una mañana, más o menos dos semanas después de haber comenzado la lucha, precisamente cuando Voluntad y él se disponían a pasar otro período de oración, alcanzó a oír por casualidad que uno de los sentimientos le secretaba a otro:

—Vamos, chico, no vale la pena perder

más tiempo oponiéndonos. No van a ceder.

Esa mañana, por primera vez, a pesar de que los sentimientos aún no se mostraban cooperadores del todo, por lo menos se quedaron quietos, lo cual les permitió a Voluntad y a él seguir con sus oraciones sin ninguna distracción.

¿Saben qué pasó un par de semanas después? Durante uno de los períodos de oración, cuando Voluntad y Baxter no se preocupaban en lo más mínimo de los sentimientos, uno de los más vigorosos se presentó repentinamente y gritó: “¡Aleluya!”

A lo cual, todos los demás sentimientos exclamaron: “¡Amén!”

Y por primera vez Baxter sintió que la totalidad de su ser —intelecto, voluntad y sentimientos— se unió en una operación coordinada de oración.”

(Tomado de R. Kent Hughes: Disciplinas de un hombre piadoso)

David Wilkerson / Cita a medianoche

David Wilkerson era un próspero pastor en una congregación de Philipsburg, Estados Unidos. Hacía poco más de un año había llegado a hacerse cargo de ella, y ya la membresía se había quintuplicado. Junto a su esposa, había trabajado con ahínco, y podían estar satisfechos. ¡Pero Wilkerson no lo estaba! Al contrario, comenzaba a experimentar cierta clase de descontento espiritual.

Un día que no olvidará (9 de febrero de 1958) se produjo un cambio radical en su vida.

Esa noche se hallaba frente al televisor mirando un programa de medianoche. Su esposa y sus pequeñas hijas, se hallaban dormidas. La historia que se desarrollaba frente a él la había visto incontables veces, con pequeñas variaciones. De pronto, perdió todo interés en ella, así que apagó el televisor y se levantó. Fue a su despacho y se sentó en la silla giratoria:

—¿Cuánto tiempo me paso todas las noches mirando esa pantalla?— se preguntó—. Por lo menos dos horas. ¿Qué pasaría, Señor,

si vendiera mi televisor y pasara ese tiempo orando?-. (Era el único de la familia que miraba televisión).

La idea le resultó emocionante. "Substituye la televisión por la oración y verás lo que ocurre," se dijo.

De inmediato acudieron a su mente objeciones. Por la noche estaba cansado. Necesitaba relajar sus nervios y cambiar el ritmo. La televisión es parte de la cultura social; no es bueno que un ministro se aisle de aquello que la gente ve y que es tema de conversación.

Se levantó de la silla, apagó las luces y se paró junto a la ventana mirando las colinas bañadas por la luz de la luna. Luego le pidió una señal al Señor, una señal que estaba destinada a cambiar su vida. Impuso a Dios una condición difícil, según le parecía, puesto que en realidad no quería dejar la televisión.

—Jesús — dijo — necesito ayuda para decirme, de manera que he aquí lo que te pido. Voy a poner un aviso en el diario ofreciendo un venta mi televisor. Si tú apoyas la idea, haz que un comprador aparezca de inmediato. Que aparezca dentro de una hora ... no; dentro de media hora de haber salido el diario a la calle.

Cuando le habló a su esposa respecto de su decisión a la mañana siguiente, ella no pareció impresionada

—Media hora— exclamó —. Me parece, David Wilkerson, que en realidad no quieres orar.

A la hora convenida, toda la familia estaba sentada en torno al teléfono, y con los ojos fijos en un gran reloj que estaba a su lado. A los 29 minutos sonó el teléfono.

—¿Tiene un televisor para la venta? — le preguntó un hombre al otro lado de la línea.

—Sí, es un RCA, en buenas condiciones, con pantalla de cuarenta y ocho centímetros. Lo compré hace dos años.

—¿Cuánto quiere?

—Cien dólares — le dijo Wilkerson rápidamente. (Ni había pensado cuánto pedir hasta ese momento).

—Trato hecho —dijo el hombre— téngalo listo en quince minutos. Llevaré conmigo el dinero.

Desde entonces la vida de David Wilkerson no fue la misma. Todos los días a medianoche, en vez de hacer girar botones y perillas, entraba en su despacho, y, cerrada la puerta, comenzaba a orar. Al principio las horas parecían marchar lentamente y se ponía intranquilo. Luego aprendió a integrar la lectura sistemática de la Biblia con su vida de oración. Y aprendió lo importante que es establecer el equilibrio entre la oración que pide y la oración de alabanza. Aquella práctica situaba la vida en una perspectiva distinta.

Así fue cómo aquella noche de 1958 mar-

có el comienzo de una larga y fructífera historia en la vida de David Wilkerson. Poco después se trasladó a Nueva York, donde fundó el Centro de Rehabilitación "Teen Challenge", que ha conducido a centenares de jóvenes drogadictos al Señor Jesucristo, entre ellos el conocido predicador Nicky Cruz.

El hábito de orar a la medianoche lo ha conservado Wilkerson a través de los años. Es la hora de la comunión íntima con Dios —que espera con ansias— y que ha sido motivo de inspiración y guía constante en su ministerio.

(Adaptado de La cruz y el puñal, de David Wilkerson)

Don Basham / Encuentros de madrugada

Hacia un año y medio que Don Basham pastoreaba esa congregación en Sharon. Hasta entonces, todo había sido una hermosa luna de miel, pero ahora estaban surgiendo los primeros problemas.

Antes de Sharon había tenido tres años exitosos en una congregación en Toronto (Canadá). Dios había respondido muchas oraciones y había hecho muchos milagros allí. Sin embargo, ahora, junto con la llegada de los problemas en Sharon le había sobrevenido la noticia de la trágica muerte de la esposa de uno de los líderes de su ex-congregación de Toronto, afectada por una severa epilepsia. Aunque tenía razones a su favor, Don sentía que alguna responsabilidad espiritual él tenía por aquella desgracia. Esto le había sumido una depresión, y en una fuerte sensación de terror que de tiempo en tiempo le sobrevenía.

Las reuniones de las iglesias perdieron para él todo atractivo, y su vida pastoral se vio reducida a una insoportable rutina. Como escape a todo ello, se refugió en el televisor, y especialmente en las películas de aviación, que eran sus favoritas.

Un miércoles, poco antes de dirigirse al culto de oración, encendió el televisor para ver las noticias de las 19,00 hrs. En realidad, lo que quería saber era qué película darían esa noche. Precisamente era una de sus favoritas, de modo que pensó en acortar la reunión para estar de vuelta a las 21,00. Mientras corría aceleradamente en su auto para iniciar la reunión a la hora, tuvo un fuerte remordimiento, así que detuvo el auto en un costado de la calle para pedirle perdón al Señor por lo que estaba maquinando. Dejaría que las cosas siguieran su curso normal.

Esa noche, al llegar a casa, tuvo un fuerte impulso de orar, para dejar zanjado delante del Señor un asunto. Se fue al living, y se quedó meditando sobre los problemas que lo aquejaban y sobre el escape que él había inventado.

De pronto, miró al televisor y le pareció

que era como un Buda rechoncho y presuntuoso que lo miraba con su gran ojo apagado.

—Pero Señor — exclamó en voz alta — la televisión no es el problema. ¡El problema soy yo, Señor! Así no sirvo para nada, ¡ayúdame, por favor!

Entonces sintió una profunda paz, y supo que el Señor estaba con él en esa lucha. Aun más, supo que el problema ya estaba solucionado. Entonces dijo:

—¡Al diablo con la televisión!

Sintió que había renunciado a algo, pero también sentía que debía dar un segundo paso. Un paso positivo de fe.

—Voy a levantarme a las cinco de la mañana todos los días. Voy a pasar dos horas contigo, Señor.

Cuando el despertador sonó a la mañana siguiente, se desprendió con dificultad de las sábanas, y se dirigió a la planta baja que, en la oscuridad, no lucía nada de atractiva. Encendió la lámpara que había junto al sillón y se sentó con la Biblia. El sueño lo vencía. A duras penas se mantuvo despierto las dos horas.

Los días siguientes fueron igualmente malos. Le contaba levantarse lo mismo que el primer día. Estuvo a punto de renunciar, pero una obstinada firmeza le hacía continuar.

Cuando avanzaba la segunda semana comenzó a abrirse una brecha. Al cabo de unos doce días la sala parecía que le daba una bienvenida. Experimentaba la serena tranquilidad de que allá en lo Alto alguien velaba y aprobaba su lucha por deshacerse de esa depresión. Su espíritu comenzó a responder a esa nueva rutina, y el silencio de la madrugada empezó a resultarle placentero. Aunque todavía le costaba salir de la cama, una vez en pie y vestido se sentía deseoso de empezar a orar. Sentía que estar en la presencia de Dios alimentaba su espíritu sediento tal como los rayos del sol nutren las plantas.

Más de alguna vez tuvo una firme oposición del enemigo, pero había comprobado vez tras vez el poder del nombre de Jesucristo para repeler sus ataques.

Exteriormente, también las cosas comenzaron a cambiar. Poco a poco, su predicación recuperó su antigua fuerza, desaparecieron los dolores de cabeza. Pronto comenzó a ver que Dios obraba de nuevo en su ministerio.

Tres meses después ya estaban sucediendo algunas cosas que le asombraron y que le demostraban que Dios le estaba guiando en un sentido definido. Este fue el comienzo de un poderoso ministerio de liberación, que ha traído bendición a incontables personas.

(Tomado de Libranos del Mal, de Don Basham)

Desde el corazón

Testimonios de cómo los vencedores han luchado y vencido en oración

“Todas nuestras bibliotecas y estudios son mera vacuidad comparadas con nuestras cámaras de oración. Nuestro tiempo de ayuno y oración en el Tabernáculo han sido, verdaderamente, días grandes; nunca las puertas del cielo han sido mantenidas más abiertas; nuestro corazón nunca se ha sentido más cerca de la Gloria celestial.”

C.H. Spurgeon

“El tiempo de trabajo no es obstáculo para que esté orando; y en medio del ruido y alboroto de mi cocina, mientras varias personas están al mismo tiempo pidiendo diferentes cosas, estoy en comunión con Dios con una tranquilidad tan grande como si estuviera de rodillas.”

El Hermano Lorenzo (1605-1691), en La práctica de la presencia de Dios

“Yo juzgo que mi oración es más que el diablo mismo; si ella fuera de otra manera, a Lutero le habría sucedido peor mucho antes de esto. Sin embargo, los hombres no ven ni conocen las grandes maravillas o milagros que Dios lleva a cabo en mi beneficio. Si descuidara la oración, por un solo día, perdería una gran parte del fuego de la fe.”

Martín Lutero

“En mis accesos de agonía espiritual, he tenido fuertes tentaciones de rendirme y no buscar más al Señor; pero habiéndome hecho entender cuán grandes pecadores eran aquellos de quienes Él ha tenido misericordia, y cuán grandes eran sus promesas a los pecadores; y que no era al que estaba sano, sino al enfermo; no al justo, sino al pecador; no al que está lleno, sino al que está vacío, a quienes comunicaba Su gracia y Su misericordia, esto, por medio de la ayuda de su Santo Espíritu, hizo que me adhiriese a Él, que me apoyara en Él, y que al mismo tiempo clamara, aunque de momento no envié respuesta. ¡Que el Señor ayude a todo este pueblo pobre, tentado y afligido, a hacer lo mismo, y a perseve-

rar, aunque tenga que esperar mucho tiempo!”

Juan Bunyan, en La oración

“La causa principal de mi flaqueza y falta de frutos es debido a una explicable pesadez para orar. Yo puedo escribir, o leer, o conversar, u oír con un corazón listo; pero la oración es más espiritual e interior que cualquiera de estas cosas, y cuanto más espiritual sea el deber, tanto más es apto mi corazón a desviarse de él. Oración, y paciencia, y fe, nunca se frustran. Yo he aprendido, hace mucho tiempo, que si debía de ser un ministro, fe y oración debían hacerme tal. Cuando encuentro mi corazón en actitud y libertad para orar, todo lo demás, comparativa-mente, es fácil.”

Richard Newton

“Yo debo orar antes de que haya visto a alguien. A menudo, cuando yo duermo mucho, o me reúno con otros temprano, es a las once o doce que yo principio mi oración secreta. Este es un perverso sistema. No es conforme a las Sagradas Escrituras. Cristo se levantó antes que amaneciera y se fue a un lugar solitario. David dice: “De mañana me presentaré a ti”, “de mañana oirás mi voz”. La oración de familia pierde mucho de su poder y dulzura, y yo no puedo hacer bien a los que vienen a buscarlo de mí. La conciencia se siente culpable, el alma sin alimento, la lámpara no está arreglada. Entonces, cuando estoy en la oración secreta, el alma, a menudo, está fuera de tono. Siento que es mucho mejor principiar con Dios – ver su faz primero, dejar a mi alma acercársele antes de acercarme a otro.”

Robert Murray McCheyne

“El Espíritu Santo parecía recorrerme en cuerpo y alma; e inmediatamente me encontraba revestido de tal poder de lo alto que unas pocas palabras que dejara caer aquí y allá a ciertos individuos hacían que éstos se convir-

tieran inmediatamente. Mis palabras parecían clavarse, como flechas armadas de púas, en el alma de los hombres. Eran cortantes como una espada, y quebrantaban el corazón cual martillo ... Algunas veces me sentía vacío de este poder en gran medida. Llevaba a cabo una visita y me daba cuenta de que no producía ninguna impresión salvadora; y lo mismo pasaba con mis exhortaciones y plegarias. Entonces apartaba un día para ayunar y orar en privado ... y después de humillarme y clamar pidiendo ayuda, el poder volvía sobre mí con toda su frescura: esta ha sido la experiencia de mi vida.”

Charles G. Finney

“Cuando comencé el trabajo para los huérfanos, mi principal objeto fue la gloria de Dios, queriendo dar una demostración práctica de lo que se puede hacer simplemente por medio de la oración y la fe, para así beneficiar la iglesia en general, y conducir a un mundo descuidado a contemplar la realidad de las cosas de Dios, haciéndoles ver en esta obra, que el Dios viviente es aún, como lo fue 4000 años atrás, el Dios viviente.

Este, mi propósito ha sido abundantemente honrado. Multitudes de pecadores han sido así convertidos, multitudes de los hijos de Dios en todas partes del mundo han sido beneficiados por esta obra. Todo esto me conduce a seguir trabajando más y más, para así traer mayor gloria al Nombre del Señor. Que se dirijan las miradas hacia Él, que Él sea ensalzado, admirado, que en Él se confie, que en Él se apoye en todo tiempo. Este es mi propósito en este servicio, para que pueda verse cuánto, un pobre hombre, simplemente confiando en Dios, puede efectuar por la oración: y para que así otros hijos de Dios sean conducidos a efectuar la obra de Dios dependiendo de Él, y que el pueblo de Dios sea conducido a confiar más y más en Él.”

George Müller



Oraron... y fueron oídos

Si se escribiese un libro que contuviera los testimonios de respuestas a las oraciones del pueblo de Dios éste debería tener millares de páginas, y, sin duda, ocuparía un lugar muy especial en el corazón de los creyentes. ¡Cuánta misericordia Dios ha ejercido a favor de su pueblo! ¡Cuánta respuesta trajo profundo consuelo al corazón y paz al alma! ¡Cuántas lágrimas se derramaron de gozo por una respuesta oportuna, largamente esperada! Gracias a Dios que muchos de esos testimonios están escritos, y ellos nos hablan.

He aquí una pequeña muestra, para la gloria de Dios.

Algunos vencedores del lejano pasado

Si fuésemos a los registros de la historia de la iglesia, hallaríamos muchos nombres eminentes. Podríamos confeccionar una larga lista de vencedores que han dejado una estela de bendición detrás de sí. Mencionarlos a todos sería imposible aquí. Pero he aquí algunos testimonios de cómo sus oraciones fueron contestadas

David Brainerd (1718-1747) vivió apenas 29 años, pero su breve vida es un ejemplo del poder de la oración. Cuando sintió el llamado para servir a Dios entre los “pieles rojas” norteamericanos comenzó a prepararse en intensa oración. En su Diario hay relatos como éste: “Muy temprano en la mañana me retiré para la floresta y se me concedió fervor para rogar por el progreso del reino de Cristo en el mundo. Al mediodía aún combatía, en oración a Dios, y sentía el poder del amor divino en la intercesión.” Más adelante dice: “El Señor me permitió agonizar en oración hasta quedar con la ropa empapada de sudor, a pesar de encontrarme en la sombra ... Me sentía más afligido por los pecadores que por los hijos de Dios. Sin embargo, anhelaba dedicar mi vida clamando por ambos.”

Después de varios días y noches, Brainerd comenzó a ver los resultados: a su predicación cientos de indios se convirtieron, siendo conducidos al Señor con grandes demostraciones de arrepentimiento. La historia de su vida inspiró a otros destacados cristianos, como Carey y McCheyne, que siguieron sus pasos.

Jorge Müller (1805-1898) es un ejemplo de lo que la oración de fe puede conseguir. Durante décadas sostuvo un Orfanato que alimentaba a más de mil huérfanos diariamente, sin tener una fuente sistemática de recursos. A su muerte, casi veinte mil huérfanos habían sido atendidos, *isólo con respuestas a sus oraciones!* Müller acostumbraba llevar

un libro, en cuyas páginas registraba sus peticiones, con las fechas respectivas, y al lado opuesto, las fechas en que recibía las respuestas.

Charles G. Finney, cuyo ministerio dio como resultado cientos de miles de conversiones, era un poderoso hombre de oración. El contaba con muchos que pedían por su ministerio. Cuando viajaba de un lugar a otro, lo hacía en compañía de dos ancianos conocidos como el padre Clery y el padre Nah. Mientras Finney predicaba, ellos perseveraban en oración con lágrimas y lamentos, en un sótano cercano.

Charles H. Spurgeon (1834-1892) es, tal vez, el más grande de los predicadores del siglo XIX. El atribuye su éxito a la oración que ofrecían a favor de él y de los concurrentes a sus reuniones los feligreses de su congregación mientras él predicaba. El solía decir: “En la sala que está allí abajo (del auditorio), hay 300 creyentes que saben orar. Todas las veces que yo predico, ellos se reúnen allí para sustentarme las manos, orando y suplicando ininterrumpidamente. En la sala que está debajo de nuestros pies es donde la explicación del misterio de esas bendiciones.” Gracias a esas oraciones, el testimonio de la gracia de Dios se sostuvo firmemente en Londres por más de cinco décadas.

Evan Roberts, el minero galés de fines del siglo XIX oró desde los 13 años por una visitación de Dios. En ello participaron también otra veintena de jóvenes aun menores que Roberts. Como fruto de ellos, vino un derramamiento tal del Espíritu Santo que muchos lo llamaron “El Pentecostés más grande que Pentecostés.” (1904-1905).

La vida del pequeño principado británico cambió radicalmente. Las cárceles no recibieron más delincuentes, las cantinas cerraron, los eventos mundanos ya no tenían asistentes, y por todo el principado jóvenes de 16 a 18 años predicaban el evangelio con gran po-

der. Por las casas y las calles se reunían niños a interceder por las gentes, quienes se volvían al Señor por miles. Se estima en unos 100.000 los convertidos en esa gran visitación de Dios. ¿Cómo comenzó todo? En las rodillas de un grupo de jóvenes creyentes, que oraron y se santificaron para Dios.

El evangelista Duncan Campbell fue testigo del asombroso despertar en las islas Hébridas, conocido como el “Despertar de Lewis” iniciado por dos mujeres ancianas. Entre 1949 y 1953 se convirtieron comunidades enteras. Mucha gente se entregaba al Señor súbitamente en las casas y aun en las calles. Los bares se cerraban por falta de clientes; los cultos duraban hasta altas horas de la noche.¹

Mucho se podría decir del extraordinario don de oración conferido al joven africano Samuel Morris (1872-1893) cuyo ejemplo enciende el corazón de quienes han leído acerca de su vida. ¡Y cuánto se podría decir de las respuestas a las oraciones de evangelistas como D.L. Moody y Billy Graham con sus verdaderos “escuadrones de oración”! Ellos cosecharon miles de almas para Dios.

Ninguna oración se pierde

Pero hay testimonios más cercanos. Muchos de ellos no han tenido la trascendencia pública que aquellos, pero son igualmente demostraciones de la fidelidad de Dios y de la verdad de su Palabra.

Corrie Ten Boom, la valerosa cristiana que sobrevivió a los campos de concentración, cuenta que apenas conoció al Señor, siendo una niña, solía orar, junto a su madre y su hermana, por toda su barrio. Detrás de su casa había una calle con muchas tabernas, y siempre veía gente ebria. Ella solía concluir todas sus oraciones con la siguiente pregunta:

—Señor, ¿salvarás a toda la gente de la calle Smeede?

Cuando llegó a la edad de ochenta años, recibió respuesta a esa antigua oración de

niña. Después de hablar por un programa de la televisión irlandesa, una señora le escribió: “Mi esposo se interesó mucho al saber que usted había vivido en Holanda. Estuvo habiendo muy cerca de usted, porque vivía en la calle Smeede, y ahora él sabe que Jesús es su Salvador”.

En esas oraciones infantiles, solían orar también por los alumnos de su hermana, que era profesora. Una vez, siendo ya ella anciana, fue un anciano a verla, y le contó que él había tenido como profesora a una “señorita Ten Boom”. Ella le contó que se trataba de su hermana, que ya había muerto. Entonces Corrie tuvo oportunidad de compartirle del Señor y conducirlo a los pies de Cristo. *¡Dios usó a aquella niña que había orado por él muchos años atrás para conducirlo al Señor ahora!*

Corrie suele decir: “Nosotros oramos por nuestros seres queridos, y luego el acusador, el diablo, dice: “Deja de orar por este hijo, o esposo, o hija, o hermano, porque ya llevas demasiado tiempo orando por él. Y como ves, Dios no responde.” Pero el diablo es un mentiroso. No hay ninguna oración que se pierda. Todas estas oraciones están en el cielo, y alguna vez veremos su resultado de alguna manera.”

Oraciones de alto vuelo

El conferencista y escritor cristiano Derek Prince confiesa haber sentido, desde su conversión, una carga especial de orar por los gobernantes y líderes de las naciones. Tomando como base 1ª Timoteo 2:1-2, cree que una de las principales responsabilidades de la iglesia es orar por los gobiernos locales, y por la marcha de los asuntos mundiales.

Hijo de un oficial de ejército inglés, se convirtió al Señor en los cuarteles del ejército británico, en 1941. Poco después se hallaba enrolado en el ejército en el norte de África. Allí tomó parte en la desastrosa retirada, la más larga en la historia del ejército británico, que retrocedió por 1390 kilómetros, desde la plaza de Trípoli hasta las puertas de El Cairo. Aunque era nuevo en la fe, sintió la imperiosa necesidad de orar por las tristes condiciones en que se hallaba el ejército. Los oficiales eran ególatras, irresponsables y no tenían el valor suficiente para encarar una guerra. Allí en el desierto, el Señor le dio la siguiente oración: “Señor, danos líderes de tal categoría que redunden para tu gloria, dándonos la victoria a través de ellos”, Esta oración la sostuvo con insistencia, y reforzada con ayunos semanales.

Sorprendentemente, Winston Churchill cambió poco después al comandante en jefe del Oriente Medio y nombró en su lugar a Bernard Montgomery. Éste general, de una fe profunda y gran disciplina, en tres meses

revolucionó el ejército, restauró el liderazgo y la confianza, y ganó la primera gran batalla de la victoria aliada, la batalla de El Alamein.

Dos o tres días después de la victoria, Prince supo por la radio lo que había ocurrido tras bastidores. La noche antes de la batalla, Montgomery había convocado a sus oficiales y a todos sus hombres, para decirles: “Pidámosle al Señor, poderoso en batallas, que nos dé la victoria.” Prince sintió entonces que Dios le hablaba muy quietamente en su espíritu: *“Esta es mi respuesta a tu oración.”*

Prince cree que muchas de las oraciones que Dios ha puesto en su corazón han dirigido los asuntos mundiales. En la década del 60, por ejemplo, Dios puso en su corazón la siguiente oración: *“Señor, intervén en los asuntos de las naciones”*. Poco después ocurrió el asesinato de John Kennedy, y se introdujeron cambios sustanciales en la atmósfera de la política americana. Algunos años después, comenzó a orar sistemáticamente por el gobierno de los Estados Unidos: *“Señor, levanta a los rectos y haz caer a los malos”*. Prince tiene la convicción que esa oración tuvo que ver con el caso Watergate, y con la caída del presidente Richard Nixon.

En efecto, luego de este suceso, recibió una llamada de un amigo, que había compartido con él las oraciones por el gobierno de los Estados Unidos, en que le decía: “Hermano Prince, te hago responsable por lo que está ocurriendo en Washington.”

Prince contestó lacónicamente, como buen inglés: “Acepto encantado la responsabilidad.”²

Salvación a distancia

Wesley L. Duewel, quien fuera 25 años misionero en la India cuenta que mientras oraba el 12 de diciembre de 1939 por el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, sintió una carga especial por determinada situación. El *Graf Spee*, un buque mercante alemán que había sido transformado en “acorazado en miniatura”, estaba hundiendo muchos cargueros con considerables pérdidas de vidas humanas. Aquella noche del 12 de diciembre, el misionero Duewel sintió la autoridad especial de Dios y le pidió que interviniera. Al día siguiente, los noticieros de radio anunciaban que el *Graf Spee* había sido acosado hasta el puerto de Montevideo, en Uruguay, y varios días después era sacado de dicho puerto y barrenado. Ninguna vida se perdió, salvo la del comandante, quien eligió hundirse con su nave. Probablemente —concluye Duewel— el Señor puso aquella misma carga de intercesión en muchos otros corazones, pero experimenté el gozo de saber que Dios me había llamado a velar y había contestado específicamente esa oración.”³

La oración de una madre

Hulda Andrus tenía un hijo aviador combatiendo en la Segunda Guerra Mundial. Una noche se despertó con la sensación de que era lanzada al vacío. Entonces se apoderó una carga de oración y en su congoja, clamó a Dios, hasta que la carga desapareció. Más tarde se enteró de que el avión de su hijo había sido abatido en territorio japonés y que en el momento exacto en que el avión caía envuelto en llamas, Dios la había alertado para que orase por él.

Más tarde, supo que los japoneses iban a ejecutar a los prisioneros, pero al orar en ese sentido, le pareció que le decían: “Sus ángeles lo guardan”. La carga se fue de ella. De los cuatro capturados en esa ocasión, fusilaron a tres, y dejaron vivo a Jacob DeShazer, su hijo. El Señor no sólo lo salvó de la muerte, sino que salvó su alma y lo llamó a predicar en Japón después de la Guerra.

La oración de un padre

Cierto director de la Sociedad Misionera Oriental tenía un hijo que se había vuelto al mundo después de haber sido un misionero. El joven había abandonado su campo de misión y tomado un trabajo secular, permaneciendo lejos del Señor. Durante varios meses, el director llevó una profunda carga de oración por su hijo, hasta que un día, la carga se hizo tan pesada para él, estando en una jornada lejos de casa, se apartó en oración y ayuno encerrado en una habitación. Por la tarde, alguien llamó a su puerta para comunicarle que tenía una llamada de larga distancia. El padre acudió al aparato, y lo primero que oyó fue:

—¡Papá, he vuelto al Señor! ⁴

Evitando una ejecución

En 1949, un grupo de antiguos misioneros se reunía en Adelaida (Australia) para orar. Cierta día sintieron carga especial de orar por Hayden Mensalp, misionero en la China. Intercedieron largamente, hasta que todos ellos experimentaron una sensación de paz y de alivio.

Años, después, cuando Mensalp fue a Australia, los misioneros le preguntaron si recordaba alguna situación extraordinaria en su vida por aquel entonces. Hayden les contó que aquel mismo día y hora en que ellos habían orado por él había estado a punto de ser fusilados por los comunistas. Cuando ya iban a dar la orden de “¡Fuego!” , había irrumpido en el lugar un oficial de mayor graduación que detuvo la ejecución. ¹

Dieciséis ángeles

En 1960, durante el levantamiento de los Mau Mau en Kenya, una noche los misioneros

(Continúa en la página 31)



El amor nunca deja de ser

Muchos nos han confesado dramáticamente: "Se me acabó el amor ...", "Las cosas no se dieron como yo pensaba ...", "Ya no la (lo) quiero" ... Si somos honestos, debemos reconocer que esto le ocurre a la gran mayoría de los matrimonios, tanto cristianos como no cristianos. Sin embargo, los cristianos tenemos una ventaja: tras la muerte del amor romántico, carnal, que se mueve al vaivén de los sentimientos y emociones, emerge el amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones, y que 'nunca de dejar de ser'.

Dios nos ama; nosotros somos sus hijos, y Él, como Padre, es el primer preocupado por el estado de nuestro matrimonio. Él desea socorrernos. Proverbios 13:18 dice: *"Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia el consejo; mas el que guarda la corrección recibirá honra."* Muchos hijos de Dios pasan por pobreza y vergüenzas tan sólo por no poner oído atento al consejo del Señor.

Cuando hablamos de matrimonio en la iglesia, estamos hablando de la unión de dos personas que tienen a Cristo en su corazón, y que, por tanto, han pasado de muerte a vida. Estos hombres y mujeres tienen al Señor Jesucristo como su Señor y su vida. Entonces, se puede esperar de ellos que, a medida que el tiempo transcurre, mayor habrá sido la siembra para el espíritu que para la carne.

Si el abordar el tema matrimonial, no podemos apelar a la fe y a la experiencia del creyente, entonces nos encontraríamos en el plano de la carne y de la sangre, y deberíamos acudir a un profesional que nos asista con los recursos de la ciencia humana; pero los que somos de Dios, apelamos a sus recursos, ya sea al trono de la gracia (Heb.4:16) o a la vida eterna que llevamos dentro (1ª Timoteo 6:12).

El amor de Dios vs. nuestro amor

"El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca dejar de ser ..." (1ª Cor.13:4-8).

Aquí está descrito el amor 'ágape', el amor de Dios, el que nunca deja de ser. ¿Estará este

amor muy lejos de nosotros? Romanos 5:5 dice: *"El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado."* "Derramado" implica abundancia. Este es un hecho divino en el corazón del creyente. ¿Qué se puede esperar de un esposo y una esposa, que son hijos de Dios, redimidos por la sangre preciosa del Cordero, en quienes habita el Espíritu Santo, el cual los conduce y los regula? Convengamos en que nuestro Dios no nos ha dado sólo unos cuantos mandamientos para nuestra conducta, sino que primeramente nos ha capacitado y vivificado por medio de su Santo Espíritu (Gál.4:6; Rom.8:9-11).

Recordemos por un momento aquel amor que se encendió en nosotros cuando nos encontramos con la persona que creímos que llenaba todas nuestras expectativas. ¡Oh, qué precioso es cuando llega el amor! Entonces nada nos importaba; no tuvimos ojos para nada ni nadie más; nos llenamos de sueños ¡hallamos al hombre (o la mujer) ideal! Vinieron cartas, citas, regalos, etc. ... ¡preciosa experiencia!

Ahora bien, aquel amor juvenil, apasionado, ciego, ¿se compara (o se asemeja) con el amor de 1ª Corintios 13? ¿Era sufrido, sin envidia, sin rencor, capaz de sufrirlo y soportarlo todo? Evidentemente, no.

Muchos nos han confesado dramáticamente: "Se me acabó el amor ..." "Las cosas no se dieron como yo pensaba ..." "Ya no la (lo) quiero" ... Si somos honestos, debemos reconocer que esto le ocurre a la gran mayoría de los matrimonios, tanto cristianos como no cristianos. Por tanto, que los mundanos se divorcien resulta comprensible. Difícilmente aceptarán el sufrimiento, rápidamente pensarán en "rehacer sus vidas". Ellos no tienen al Señor en sus corazones y no tienen contem-

plado obedecer a Dios en ningún punto; para ellos la ceremonia religiosa no fue más que un trámite, un evento social para el 'glamour' ... En cambio, para un esposo o esposa creyente, no está contemplado el abandonar jamás a la mujer de su juventud (Prov.5:18-19). Es una ingenuidad pensar en un matrimonio sin sufrimientos y/o conflictos de distinta especie. El que se casa debe estar prevenido y preparado para soportar y ser soportado en muchas (o muchísimas) cosas.

Un hombre en la carne (Rom.8:6-8; Gál.5:19-21) es absolutamente impotente para soportarlo o sufrirlo todo; sólo buscará su autosatisfacción. Es hedonista en esencia. Pero hablando entre hombres y mujeres que tienen viva y presente en sus corazones la realidad del "amor que nunca deja de ser", no temeremos, pues cuando el inmaduro amor sentimental juvenil comienza a disminuir hasta morir, se levantará poderoso y firme el "otro amor", el de 1ª Corintios 13.

Entonces vas a valorar y amar a tu mujer, porque el Señor mismo te dirá: *"Marido, ama a tu mujer: El que ama a su mujer a sí mismo se ama."* (Ef.5:25-28). No se puede pretender amar al Señor y ser despreciativo con la esposa. No puedo (o no podemos) amar al Señor, respetarlo, honrarlo, serle fiel, y no serlo con mi esposa (o con mi esposo). ¿Podemos ver que hay una gran solidez cuando llegamos a la persona y obra de nuestro Señor Jesucristo?

Nosotros con facilidad aplicamos el eterno amor de Dios a la salvación de los pecadores, a nuestra afiliación eterna al ser librados del infierno, y al participar de su gloria en el cielo. ¿Por qué no aplicarlo al matrimonio? ¿O acaso 1ª Corintios 13 no es aplicable a mi matrimonio?

Hermanos, nosotros *tenemos tal amor*, como ya dijimos, derramado en nuestros corazones. Nosotros proclamamos con gozo en medio de la asamblea de los santos: “*La roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre.*” (Sal.73:26). Entonces, digamos también: “*La roca de mi matrimonio es Dios para siempre*” ... Esto es verdad, porque ya no somos más dos. Hemos venido a ser una sola carne, y lo que es verdad para uno, también lo es para con quien soy uno. ¡Dios, el bendito Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo sostiene y sustenta nuestro matrimonio!

Hermanos, contrario a cuanto personaje público piense, nosotros concebimos el matrimonio para toda la vida. A medida que evolucione la presente sociedad donde nos ha tocado vivir, creemos que el matrimonio quedará –finalmente– circunscrito a los creyentes. Que el mundo haga o piense lo que quiera; los santos, nos santificaremos todavía (Apoc.22:11).

Una aplicación para el matrimonio (Efesios 4:17-32)

Consideremos ahora la palabra de Efesios 4:17-32 aplicada a la vida matrimonial: Ya no tenemos el entendimiento entenebrecido, ya no se concibe la dureza en nuestro corazón. Hemos sido alumbrados por el Señor para que ahora se refleje la vida de Cristo en nosotros; es tiempo que se manifieste cuanto hemos aprendido en Él y con Él.

¿En verdad le hemos oído, y hemos sido por Él enseñados? (vers.4:21). Si no es así, entonces no nos extrañemos por tantos fracasos. Nada podemos esperar del “viejo hombre” (4:22), pero todo podemos esperar del “nuevo hombre” (4:24), que es Cristo en nosotros (Col.1:27). Si esta palabra es aplicable a la iglesia en general, ¿cuánto más lo será al matrimonio, donde verdaderamente somos miembros el uno del otro? (4:25).

Hay una “ira legítima”, un enojo repentino, a causa de cualquier situación de la vida cotidiana, que no es pecado. El Señor nos pone límite: “No se ponga el sol” para que estas “iras” no se acumulen hasta reventar en un conflicto mayor.

“*Ni deis lugar al diablo.*” Aquí se trata de abrir una puerta al enemigo de todo lo que es de Dios. El Señor nos perdona por cuantas veces hemos dado lugar al diablo. Por esto llegan aquellos enojos, rabias y enemistades; las acusaciones mutuas se multiplican, se traen

a la memoria muchas cosas que la sangre del Señor ya pagó y sepultó. Esto es absolutamente ilegal e ilegítimo. Satanás se siente de alguna manera autorizado: “Ustedes desobedecieron, me dieron lugar”. Él no traerá ternura ni comprensión; viene a romper la paz, a turbar, a llenarnos de amargura y dolor. En la iglesia velamos por no darle espacio al enemigo. Los que ministran o presiden luchan porque no se les ceda terreno alguno. Pero, hermanos, la vida de la iglesia no termina en la reunión de los creyentes; no tenemos una vida matrimonial y otra eclesiástica. Llegamos al hogar con nuestra esposa, que es también nuestra hermana en Cristo. Ya hay dos reunidos en su Nombre: el Señor está aquí (Mateo 18:20). No demos, entonces, lugar al que viene para destruir. Vamos a la perfección como iglesia, pero también como matrimonio (Hebreos 6:1).

La voluntad del Señor es que seamos sustentadores de nuestro hogar (4:28), y que no sólo se suplan nuestras necesidades, sino que tengamos aun para bendecir a otros. No nos conformemos hasta que esto se cumpla en nosotros, y que haya recursos para los más necesitados y para apoyar la obra de Dios.

Nuestras palabras pueden edificar o contaminar a quienes nos escuchan. No osaríamos hablar palabras corrompidas en la iglesia. Tampoco tengo licencia para ser descuidado en el hablar cuando llego a mi casa. En este sentido, no somos libres; somos esclavos de Jesucristo para vivir siempre en Él y para Él. (Col.3:17).

No contristéis al Espíritu Santo

Otra palabra para meditar: “*Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios ...*” (4:30). ¿Cómo está, cómo se siente esta bendita Persona entre nosotros, en mi vida matrimonial? Se trata del Espíritu del Dios vivo, el que le dio vida a la iglesia el día de Pentecostés, el que hizo maravillas con los primeros apóstoles, el que fortalece con poder en el hombre interior, nuestro Consolador, quien nos conduce a todas las riquezas de Cristo, para poseerlas y disfrutarlas.

¡Qué tremendo es esto, hermanos! Que siendo tan poderoso el Consolador nosotros le contristemos y aun lo apaguemos con nuestras carnalidades! Dios no nos hizo autómatas, Él espera que nos rindamos, que demos nuestra anuencia a su gobierno y autoridad, y que, al mismo tiempo, juzguemos la bajeza, la vileza de nuestro corazón (“*Miserable de*

mi”, Rom.7:24). Dios nos dio su Espíritu para honra, gloria, hermosura, poder y victoria, pero nuestra vanidad y soberbia natural lo contrista. “Perdónanos, Señor, por haberte contristado; por toda ofensa y desobediencia contra el consejo de tu Santo Espíritu dentro de nosotros.”

¿Conoce usted, hermano, la libertad del Espíritu dentro de Ud.? ¡Cómo nos inspira y fortalece! ¿Conoce usted una reunión de iglesia llena de gloria, esas que deseamos que no terminen. El Espíritu Santo gobierna todo ¡Qué glorioso! Entonces, no lo contristemos más. Que pueda desplegar toda su gracia para hacernos crecer y avanzar, así en el matrimonio habrá cada vez menos amarguras, enojos, griterías, etc. Todos estos estorbos habrán sido violentamente quitados (4:31) de los corazones que ahora están aprendiendo a vivir llenos del Espíritu Santo.

Esta sección de Efesios termina con una exhortación a la benignidad, a la misericordia y al perdón (4:32). Aplicado al matrimonio, esto es un fuerte golpe al ‘machismo’ y a la prepotencia de muchos maridos. Estas cosas le parecerán a muchos cosa de ‘debiluchos’. Pero los creyentes, los que son de Cristo, los que viven en el Señor, son capaces de humillarse y pedir perdón cuantas veces sea necesario, cada vez que tengamos testimonio de haber herido o defraudado a nuestra esposa o familia. Esta actitud les dará confianza, y serán así testigos del trabajo del Señor en el corazón del que se humilla. Sólo el carnal, el soberbio, no se humillará nunca ...

¡Amados, que nuestro matrimonio sea como una ofrenda de olor fragante! (Ef.5:1-2).



"Me alejé de Dios"

"Somos hermanos de Temuco (Chile), y hemos leído todas vuestras revistas. Queríamos hacerles una sugerencia: ¿Podrían poner una palabra para los jóvenes que creen en Dios, pero se han alejado de sus caminos?"

Esta carta la recibimos el 10 de diciembre pasado. Por esos mismos días recibimos otro e-mail de un joven que nos decía: "He dejado de asistir a mi congregación; quiero pedir que me lleven en sus oraciones." ¿Qué está pasando con los jóvenes creyentes?

Si pudiéramos hacernos oír por ti, que nos escribiste, o por ti, que estás en una situación similar, te diríamos con todas nuestras fuerzas: "¡Estás en un grave peligro! ¡Vuélvete al Señor, inmediatamente!". Sin embargo, nuestro grito, por desesperado que fuese, no lograría infundir el temor que se debe tener ante un peligro así; a lo más haría que nos creyese locos.

Pero, ¿qué harías tú frente a un hombre ciego que camina derecho hacia un precipicio? ¿qué harías tú ante un automovilista que corre, en una noche oscura de temporal, en dirección a un puente cortado? El peligro que enfrenta un joven creyente que se ha alejado de Dios no es menor; al contrario.

No se trata simplemente de que alejándote de Dios pierdes el gozo y la paz, sino se trata de que estás en peligro de perder tu vida.

Cuidado con los 'rápidos'

¿Conoces los rápidos? Hay en Chile, a unos cien kilómetros de Temuco, unos famosos rápidos, los rápidos del río Trancura. Muchos turistas vienen de todo el mundo a disfrutar la emoción de lanzarse en unas pequeñas embarcaciones por una corriente avasalladora, evadiendo a duras penas las rocas y el peligro de volcamiento. La emoción

es fuerte, y quienes las buscan, sin duda que las encuentran allí. Sin embargo, estos rápidos no revisten mayor peligro, porque los participantes llevan puestos los equipos de emergencia, y porque al final de la ruta están las aguas del lago Villarrica, mansas y tibias, que reciben a los excitados aventureros.

La corriente del mundo es –especialmente para ti que eres joven– como un rápido. Te ofrece fuertes emociones y está muy 'en la onda'. Sin embargo, a diferencia de los rápidos del Trancura, la corriente del mundo no tiene resguardos para un cristiano, no hay allí chalecos salvavidas, ni hay un remanso al final del camino. Los 'rápidos' de la corriente del mundo tienen un final abrupto y violento, más parecido al de las cataratas del Niágara que a las del río Trancura.

Tú no caes como sobre una alfombra, sino ¡ay! te estrellas violentamente sobre las rocas, en las puertas mismas del infierno.

El peligro de perder la vida

¿Por qué hemos dicho que si te apartas de Dios estás en peligro de perder tu vida? La juventud es, amado joven creyente, la edad de las grandes decisiones. Lo que tú elijas ahora te seguirá para toda tu vida. Sea en el plano sentimental, sea en el plano laboral. En casi todo lo que hagas cuando seas adulto, estarás determinado por lo que hiciste (o no hiciste) cuando eras joven.

He aquí una cosa asombrosa: a la inexperiencia de la juventud, la vida le exige la sabiduría de la vejez para la toma de decisiones atinadas. ¿Quién aconsejará en ese momento? ¿Los padres? No, y aunque lo hicieran, si la sabiduría no está en el corazón del joven, los padres poco podrán hacer para suplirla. Los consejos de los padres, por sabios que sean, no hallarán eco en el joven a menos que dentro de él esté la Sabiduría. ¿Aconsejarán los pastores? Si el joven está lejos de Dios no buscará el consejo de un pastor. Su círculo de amigos le parecerá mejor que el más sabio consejero, aunque su fin sea la muerte misma.

Si eliges mal la esposa (o el esposo); si eli-

ges mal tu profesión, y después quisieras servir al Señor, encontrarías un estorbo difícil de superar. La única posibilidad de no equivocarte en estos importantes asuntos es volviéndote al Señor (antes de que sea tarde) para que Él sea tu sabiduría. Hemos conocido jóvenes que amaban al Señor y tempranamente quisieron servirle; sin embargo, fueron estorbados más tarde, en forma permanente, por una esposa incrédula o por un trabajo asfixiante.

La oveja y el cerdo

Pero hay otro peligro, no menos grave que el anterior: Es la vuelta al pecado y a la inmundicia.

Cuando un hombre se acerca a Dios se aleja del pecado, pero cuando se aleja de Dios se acerca peligrosamente al pecado. Siendo un hijo de Dios, y habiendo conocido la santidad, se ve envuelto en las costumbres de los que no conocen a Dios. ¿Cuál será allí su satisfacción? Allí se sentirá muy desdichado. Una oveja y un cerdo reaccionan de manera diferente en el fango. Un cerdo que se mete en él gruñe de satisfacción y se enoja si intentan sacarlo. Una oveja, en cambio, no va a estar feliz allí, porque no está en su elemento. Va a luchar hasta que logre salir de él.

Un joven lejos de Dios está muy próximo a caer en el barro, a ensuciar sus ropas. Allí no va a disfrutar del súpico placer mundano, porque el Espíritu Santo le redarguirá. No está bien con Dios, pero tampoco estará bien en el mundo.

Su suerte será muy desdichada mientras no vuelva a Dios.

Lo que se siembra, se siega

Las Escrituras afirman: "No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará." (Gál.6:7). La juventud es una época de siembra. Muchos pecados cometidos en la juventud tienen su cosecha de muerte el resto de la vida. Un hijo concebido en la soltería, un accidente físico, un exceso moral, etc, todo ello es una siembra que traerá inevitablemente



una cosecha.

Muchos traumas psicológicos que llevan los adultos son el efecto de una dura experiencia juvenil, de un pecado largamente acariciado. Sin embargo, tú puedes sembrar también una buena semilla. La sensatez, la cordura y la sabiduría de Dios pueden guiarte eficazmente para no errar el camino. Tu vida adulta puede tener la paz y el reposo que dan las decisiones sabiamente tomadas cuando tú estás en paz con Dios.

Advertencia e invitación

¿Cuál es, entonces, la palabra para los jóvenes que creen en Dios, pero se han alejado de sus caminos? Es, fundamentalmente, una palabra de advertencia.

Pero no es sólo eso. Es también una palabra de invitación.

La Palabra de Dios dice: *“Buscad a Dios mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano”* (Is. 55:6). Y también dice: *“Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”* (Heb.4:16). En otro lugar dice: *“Acerquémonos con cora-*

zón sincero ...” (Heb.10:22).

Tú no necesitas hacer méritos antes de acercarte a Dios. Dios sabe que tú no puedes mejorarte a ti mismo, ni tampoco acercarte a Él cuando tu corazón está frío y duro.

Pero le puedes hablar sinceramente y decir lo que realmente sientes. Dile que has pecado, que no puedes contigo mismo, que si Él no te ayuda, estarás perdido. Dile sin rodeos todo lo que pasa en tu vida y pídele ayuda. La sangre de Jesucristo está a tu favor, y el Abogado que tienes en los cielos defenderá tu causa. (1ª Juan 2:1).

Si lo haces con sinceridad, recibirás socorro. Dios es tan misericordioso y fiel a su Palabra, que la única manera de no ser ayudado es no pidiendo ayuda.

Con todo, recuerda: Si dejas fuera de tu vida a Dios, entonces las consecuencias pueden ser muy trágicas, y sobre todo, perderás la seguridad, el gozo y la paz que sólo Dios puede dar.

Un siervo de Dios, C.H. Spurgeon dijo: “Si no estás buscando al Señor, el diablo te está buscando a ti.” Y el diablo, que vino para hurtar, matar y destruir, no te busca para hacer-

te bien. El Señor Jesús, sin embargo, vino para darte vida, y vida en abundancia. (Juan 10:10).

El Salmo 91:1 dice: *“El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente”*. ¿Estás tú bajo el alero de Dios o estás a la intemperie, expuesto a todos los peligros?

Tú sabes que Dios te ama. Esto es una verdad preciosa para ti, ¿verdad? Sin embargo, si tú le has vuelto la espalda, ¿cómo podrá Él defenderte? Si no te quieres poner bajo el abrigo del Altísimo, ¿cómo morarás bajo su sombra?

De ti depende el lugar donde estar. Que el Señor te conceda la gracia para buscar refugio en el Señor Jesucristo.

Deseamos que tú, cuando seas adulto, puedas decir con el rey David:

“Porque tú, oh Señor Jehová, eres mi esperanza, seguridad mía desde mi juventud. En ti he sido sustentado desde el vientre; de las entrañas de mi madre tú fuiste el que me sacó; de ti será siempre mi alabanza.” (Salmo 71:5-6).

Amén.

Maravillas de la oración contestada

Un burlador burlado

Mientras atravesaba el Atlántico en un barco hace muchos años, a F.B. Meyer, maestro de la Biblia y escritor, le pidieron que se dirigiera a los pasajeros. Un agnóstico escuchó el mensaje de Meyer sobre la respuesta a la oración, y le dijo a un amigo “No creo ni una palabra de eso.”

Más tarde, ese mismo día, el agnóstico fue a escuchar a Meyer hablar a otro grupo de pasajeros. Pero antes de ir a la reunión se puso dos naranjas en los bolsillos. De camino a la reunión, pasó por el lado de una ancianita que se había dormido en una silla de la cubierta. Tenía los brazos extendidos y las manos bien abiertas, así que de chiste, el hombre decidió ponerle las naranjas en las palmas de las manos. Después de la reunión, vio a la mujer comiéndose alegremente una de las frutas.

— Parece que disfruta mucha esa naranja – le dijo con una sonrisa.

— Sí, señor – contestó ella –. Mi Padre es muy bueno conmigo.

— ¿Qué quiere decir? – insistió el agnóstico.

Ella le explicó:

— Hace varios días que tengo mareos. Le estaba pidiendo a Dios que de alguna manera me mandara una naranja. Me quedé dormida mientras oraba. Cuando desperté, me di cuenta que me había mandado, no una, sino dos naranjas.

El agnóstico se quedó sorprendido de la inesperada confirmación de la charla de Meyer sobre la respuesta a la oración. Posteriormente, él también creó en Cristo.

Henry G. Bosch, en Nuestro Pan Diario, Vol. V.

Un capitán asombrado

— Capitán – dijo Jorge Müller, tocándole el hombro –, vine a decirle que yo tengo que estar en Quebec el sábado por la tarde –

— Hoy es miércoles ... ¡Imposible! – dijo el Capitán. Su mirada siguió, cansada, pero atenta, tratando de penetrar el espeso cerco de la neblina. Hacía 22 horas que permanecía atento al curso de la navegación sin alejarse del puente de mando.

— Pues bien – le dijo Müller –, si su navío no puede llevarme, Dios encontrará otro medio de transporte. Durante cincuenta y

siete años, nunca dejé de estar en el lugar y a la hora que me había comprometido.

— Tendría muchísimo placer en ayudarlo, pero ¿qué puedo hacer? No hay medios – dijo el Capitán.

Entonces Müller hizo algo insólito. Le dijo al Capitán, a boca de jarro:

— Entremos aquí para orar.

El Capitán miró a aquel hombre y se dijo para sí: “¿De qué casa de locos se habrá escapado éste?!” Nunca había oído hablar de una cosa semejante. Para disimular el desconcierto, el Capitán dijo:

— Señor Müller, ¿ve usted cómo está de espesa esta neblina?

— No; mis ojos no están viendo la neblina, sino que están viendo al Dios vivo – le contestó Müller –, el cual gobierna todas las circunstancias de mi vida.

Entonces, cayó de rodillas y oró en la forma más simple. El Capitán pensó: “Esa es una oración como la de un niño que no tiene más de ocho o nueve años.”

— Oh, Señor – dijo Müller –, si es tu voluntad, retira esa neblina en cinco minutos. Tú sabes que me he comprometido a estar en Quebec el sábado. Creo que esa es tu voluntad.

Cuando acabó, el Capitán también hizo ademán de orar, pero Müller le puso la mano encima y le dijo:

— No; no lo haga. Primero, usted no cree que Dios lo haría, y, segundo, yo creo que Él ya lo hizo. No hay ninguna necesidad de que usted ore con el mismo fin.

El Capitán lo miró extrañado.

— Capitán – prosiguió Müller – conozco a mi Señor desde hace 57 años, y no ha habido un solo día en que yo no haya tenido audiencia con el Rey. Levántese, Capitán, abra la puerta y verá que la neblina ya desapareció.

El Capitán se levantó, y, al mirar vio, en efecto, que la neblina había desaparecido.

El sábado por la tarde, Jorge Müller estaba en Quebec, como él lo deseaba.

Adaptado de: Orlando Boyer: Biografías de grandes cristianos



“Escudriñad las Escrituras, porque ellas dan testimonio de mí”

“La Biblia no podrá nunca ser un libro vivo hasta que no reconozcamos que Dios habla en el universo. La Biblia es el resultado del continuo hablar de Dios. Creo que un nuevo mundo surgirá de la actual tiniebla religiosa cuando nos acerquemos a la Biblia con la idea de que no es sólo un libro que una vez ha hablado, sino uno que habla todavía.”

A.W. Tozer, en *La búsqueda de Dios*

“Si el lector entiende muy poco de la Palabra de Dios, debería leerla mucho; pues el Espíritu explica la Palabra por la Palabra. Y si goza poco en la lectura de la Palabra, esa es justamente la razón por qué la debe leer mucho; pues la frecuente lectura de las Escrituras desarrolla un deleite en ellos, de manera que, mientras las leemos, más deseamos leerlas.”

George Müller, citado en *Con Cristo en la escuela de la oración*, por A. Murray



Apuntes a la lectura del Nuevo Testamento

Acusaciones

En Lucas 23:2,5 y 14 aparecen varias acusaciones que se le hicieron al Señor Jesús: Pervierte a la nación, prohíbe dar tributo a César, se atribuye la condición de rey, alborota al pueblo y lo perturba. De Pablo, el orador Tértulo dijo que era “una plaga, y promotor de sediciones” (Hechos 24:5). ¿Qué se dice de nosotros? Tal vez tengan buena opinión. Tal vez delante de nuestro nombre, pongan un título honroso, y tal vez nos guste lucirlo. Sin embargo, el Señor dijo que: “*Porque no sois del mundo, por eso el mundo os aborrece.*” (Jn.15:19). Tal vez deba ser ésta una gran causa de preocupación para nosotros: por qué no se cumple en muchos de nosotros esta palabra.

¿Jesús nazareno o Hijo de David? (Lucas 18:35-43)

Cuando el ciego de Jericó preguntó cuál era la causa de tanta agitación en la ciudad, le dijeron que pasaba Jesús nazareno. Ésta era una respuesta sencilla y correcta. Sin embargo, cuando el ciego alza la voz para llamar la atención de Jesús, dice: “¡Jesús, Hijo de David ...!” ¿Tiene esto algún significado? Sí lo tiene. Al decir “Hijo de David” está haciendo referencia a un hecho singularmente: está reconociendo que Jesús es el Cristo, el Ungido, el Rey prometido. ¿Quién podría llevar ese título de nobleza, que unía a Jesús con el mayor rey de Israel? Sólo el Cristo. Así que, en esa sola expresión hay una diferencia notable. Decir que Jesús es el nazareno es una cosa, pero decir que es el Hijo de David es otra muy distinta

A otros, pero no a sí mismo (Lucas 23:35)

En la cruz, los gobernantes decían de Jesús, en tono de mofa: “*A otros salvó; sálvese a sí mismo.*” Efectivamente, él salvó a otros, pero no se salvó a sí mismo. Y ese es el secreto de la victoria de Cristo, y es también el secreto de la victoria cristiana. Los que siguen a Cristo aceptan la muerte para que otros vivan.

En manos de pecadores (Lucas 24:7)

Jesús dijo de sí mismo que era necesario que fuera entregado en manos de hombres pecadores y morir. ¡Terrible cosa es caer en manos de pecadores! David, luego de su pecado en lo del censo, recibió de Dios la opción de elegir entre tres castigos, uno de los cuales era “caer en manos de hombres”. Por supuesto, David, que conocía al hombre, eligió otro castigo, no éste. ¡Sin embargo, el Hijo de Dios no tuvo esa opción!

¿Un profeta o el Cristo? (Lucas 24:19, 26-27)

Los discípulos que iban a Emaús esa tarde, recordaron con elogios a Jesús, dijeron que “fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo”. Sin embargo, ¿es eso todo lo habían aprendido en sus tres años y medio de andar con Él? Decir que era un profeta, por muchos epítetos favorables que agregaran, no llenaba la medida. Cuando Jesús les habla, les demuestra, en cambio, que Él es el Cristo anunciado en Moisés, los profetas y todas las Escrituras. ¡Sin duda, una gran diferencia!

VEINTIUNA PREGUNTAS SOBRE LA VIDA DE

MOISÉS

1. ¿Quiénes fueron sus padres?
2. ¿Qué rasgo destaca la Escritura de ellos? (Heb.11:23)
3. ¿Por qué le llamaron Moisés? ¿Qué significa la palabra “Moisés”?
4. En el discurso de Esteban (Hechos 7) se resume la vida de Moisés en grandes períodos de cuarenta años. Señálelos.
5. Cuando Moisés creció rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón. ¿Qué otro título prefirió? (Hech. 7:23)
6. ¿Por qué despreció Moisés los honores y la riqueza de Egipto?
7. ¿Qué antecedentes de Moisés en la corte de Faraón se entregan en Hech.7:22?
8. Antes de su estada en el desierto de Madián, Moisés tenía buena opinión de sí mismo. ¿Cuál era? (Hech.7:25)
9. Antes y después de Madián, Moisés presenta varios rasgos contradictorios. ¿Podría mencionar tres?
10. ¿Quién fue la esposa y quiénes los hijos de Moisés?
11. ¿Qué gran enseñanza recibió Moisés de su suegro?
12. ¿En qué episodio de su vida queda demostrada su gran mansedumbre?
13. Mencione un hecho que coloca a Moisés por encima de otros profetas en cuanto a su intimidad con Dios.
14. ¿Cuál fue su conducta frente a los rebeldes en el desierto?
15. ¿Cuál fue la causa de que Moisés no pudiera entrar en Canaán?
16. Mencione dos episodios en que Moisés haya ejercido una ejemplar intercesión a favor de Israel.
17. ¿A qué dos grandes reyes venció Israel bajo la dirección de Moisés?
18. ¿En qué libro de la Biblia está contenido el último gran discurso de Moisés?
19. ¿Qué hermosa experiencia tuvo Moisés en la cumbre del Pisga?
20. ¿En qué circunstancias murió Moisés? ¿A qué edad?
21. ¿Qué elogio contiene la Escritura después de su muerte? (Deut.34:10-12)

Todo escriba docto en el reino de los cielos saca de su tesoro ...

Cosas Viejas y... COSAS NUEVAS



IGUALES PERO DISTINTOS

En la Biblia encontramos dos hombres del mismo linaje, pero de muy diversa condición. Ellos son Caleb y Nabal.

En 1 Samuel 25:3 se nos dice que Nabal "era hombre duro y de malas obras; y era del linaje de Caleb." Nabal significa "insensato", y su esposa, en cierta ocasión, dijo de él: "*Él se llama Nabal, y la insensatez está con él*". Tal insensatez la usó contra David, por lo cual, "*diez días después, Jehová hirió a Nabal, y murió*." (25:38). Pero, curiosamente, la Biblia nos declara que "*era del linaje de Caleb*". ¿Quién fue Caleb?

Caleb fue uno de los hombres más prominentes de Israel. Su nombre se asocia con la fe, con la valentía y la longevidad. Fue uno de los doce espías enviados por Moisés a la Tierra Prometida, pero fue uno de los dos (el otro fue Josué), que dio un informe positivo. Fue quien dijo, de los enemigos de Dios "porque más podremos nosotros que ellos", y "nosotros los comeremos como a pan". Fue él quien recibió la promesa de Dios de introducirlo en la Tierra, y de que su descendencia la tendría por posesión. Fue Caleb, quien, una vez en Canaán, siendo de edad de ochenta y cinco años, se presentó ante Josué para reclamar la promesa de Dios. Entonces, una vez autorizado por Josué, subió a Hebrón y "*echó de allí a los tres hijos de Anac, a Sesai, Ahimán y Talmái, hijos de Anac*". Y conste que éstos varones no eran unos cananeos cualesquiera. Eran gigantes. Pero Caleb había dicho a Josué. "*Quizá Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho*". Y lo hizo, porque Jehová lo había dicho.

¿De este hombre era descendiente Nabal? Pues, lo era.

Ambos eran de un solo carácter, de una línea. Eran hombres fieros, dispuestos a todo. Caleb, en su lucha contra los anaceos, y Nabal, en su oposición a David. Uno fue un hombre de fe, ejemplo de los creyentes de hoy, conquistador y vencedor. El otro, un hombre insensato, de mal proceder, cuyo camino fue la muerte.

Humanamente, ambos tenían el mismo origen, similares caracteres, pero uno fue tocado por la gracia y el otro no. ¡Qué misterio más grande el alma humana, y la elección de Dios!

DADLES VOSOTROS DE COMER

La gente ha seguido al Señor desde las ciudades hasta el desierto. El Señor ha cautivado su corazón con sus palabras de gracia. Ellos están felices. Se han olvidado hasta de comer.

Entonces, los discípulos se acercan al Señor y le sugieren que despida a la multitud, para que vayan a comprar de comer. Pero el Señor les dice: "*Dadles vosotros de comer*." (Mateo 14:16).

Por supuesto, ellos no saben cómo hacerlo. Ellos sólo tenían cinco panes y dos peces, pero el Señor no quería que la gente fuera a buscar de comer en otro lado. *Ellos* debían alimentarles.

Sabemos cómo termina la escena en aquel desierto. La multitud fue saciada, y con lo que sobró llenaron doce cestas llenas. El pan fue repartido por las manos del Maestro, pero pasó por las de los discípulos hasta llegar a la multitud.

Allí estaba el hambre del cuerpo agotado por las caminatas y la espera silenciosa en torno del Maestro. Hoy está el hambre del alma insatisfecha, de la angustia que ha cavado un hoyo profundo en el corazón. Está la desesperanza que invita al suicidio; la sequedad del alma atormentada por el peso de la culpa; atemorizada por el mañana incierto, o por la inclemencia de un mundo hostil. Está el desconcierto del que ha sido defraudado, o abandonado por sus seres más queridos; está el fracasado, el endeudado con la sociedad. Ellos no han tenido un solo día de verdadero solaz, no conocen la paz de espíritu; ellos no saben de los ríos de gozo, de la dicha del perdón, del sabor de la gracia, ellos no han comido nunca del fruto apacible de justicia. ¡Ellos tienen hambre!

"*Dadles vosotros de comer*" dice aún el Maestro. ¿Dónde estáis, profetas del Dios altísimo? ¿Evangelistas, maestros, ungidos por el Espíritu Santo? Habéis sido saciados ya, favorecidos con los dones del Cielo y con los poderes del siglo venidero. ¿Qué esperaréis para abrir vuestra boca en fe? Vuestra mesa está abastecida, ricos manjares hay en ella. ¿No daréis un mendrugo al pordiosero que toca vuestra puerta?

(Viene de la página 25)

ros Matt y Lora Higgins volvían a Nairobi atravesando el corazón del territorio de aquella sangrienta tribu, cuando el vehículo en que viajaban se averió. Trataron de reparar el automóvil en la oscuridad, pero no pudieron hacerlo andar. Decidieron descansar, inspirados en el Salmo 4:8: "*En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque sólo Tú, Jehová, me haces vivir confiado*." Por la mañana lograron arreglar el automóvil y seguir su viaje sin inconvenientes.

Pocas semanas después, de vuelta en Es-

tados Unidos, supieron que un miembro de los Mau Mau había confesado que aquella noche tres hombres rodearon el coche de los misioneros para matarlos, pero al ver a dieciséis hombres que rodeaban al coche, huyeron despavoridos. ¿*Dieciséis hombres*? Un amigo de los Higgins, Clay Brent, les preguntó días después si se habían encontrado en peligro recientemente, y les contó que el 23 de marzo Dios le había dado una pesada carga de intercesión por ellos, por lo cual llamó a los hombres de la iglesia, y dieciséis de ellos se reunieron y oraron hasta que dicha carga desapareció.²

¡Sea bendito el Señor nuestro Dios, que oye y responde! ¡Permita el Señor que se encienda el corazón, que se doblen las rodillas de su pueblo para que su gloria se siga viendo también en esta generación!

¹ Id., p. 70-71.

² Íd., p. 71-72

³ Wesley L. Duewel: Cambie el mundo a través de la oración, Betania, p. 124.

² En Entre dos fuegos, de Ole Anthony, p.108 y ss.

³ Citado en Wesley L. Duewel, op. cit., p.67.

⁴ Id., p. 68.

PROEZAS DE LA FE

Una semana entre los lamas

Una extraña semana, la más extraña en la vida de la misionera Gladys Aylward, la pasó en las montañas de China, en un templo tibetano ... Una aventura de fe propiciada por la oración de un grupo de jóvenes creyentes ... Una maravillosa obra de Dios más allá de las fronteras de lo conocido, donde el amor de Dios llegó a conmover los cimientos de una religión milenaria.



Desde hace mucho los esperábamos para que nos hablen de ese Dios que ama – dijo con un extraño acento el lama tibetano, mientras hacía ademanes corteses a los misioneros para que le siguieran.

El corazón de la misionera Gladys Aylward comenzó a palpar aceleradamente. Había estado por más de una década en la China, y estaba acostumbrada a que Dios le deparara sorpresas, pero pocas veces había tenido un encuentro más extraño. Miró con estupor al anciano doctor Huang, que le acompañaba, pero él estaba tan sorprendido como ella.

Por ahora no había mucho que hacer ni en qué pensar, excepto seguir al monje por el sendero que les señalaba. Al llegar a la cúspide de la colina vieron una escena que les quitó el aliento. En un entorno de una exuberante vegetación se levantaba un edificio imponente y majestuoso: Era un lamasario.

Al franquear la enorme puerta, la pequeña misionera no pudo dejar de pensar: *Ya estamos adentro, pero ¿volveremos a salir alguna vez?* Un grupo de lamas les saludó con suma cortesía y les condujo a una habitación, mientras otros llegaban con agua, almohadas y platillos con exquisitos manjares.

“Esto parece un sueño” – pensó Gladys Aylward.

Una pequeña camarera inglesa

Gladys Aylward había sentido tempranamente el deseo de viajar a China para ayudar a la evangelización de ese gran país. A poco de convertirse a Cristo había solicitado el ingreso en una sociedad misionera, pero fue rechazada por sus bajas calificaciones. Sin embargo, su deseo fue tan fuerte que decidió viajar sola, después de orar intensamente y de hallar en las Escrituras suficientes señales que le guiaban en tal sentido.

Su anhelo se vio confirmado cuando supo que una anciana misionera en China –Jeannie Lawson, de 73 años– estaba orando para que

Dios le enviase una persona joven que pudiera continuar la obra que ella realizaba, pues presentía que su partida estaba cercana. Cuando Gladys lo supo, dijo simplemente:

–Muy bien, esa persona soy yo.

Después de muchas peripecias en un largo viaje en tren y luego a lomo de mula, llegó a Yang-Cheng sana y salva.

Allí colaboró primero con Jeannie Lawson, y la sucedió en su obra, después de la muerte de ella. Cuando ya su situación se tornaba insostenible en ese lugar, el Señor le proveyó un empleo en el gobierno regional, que le permitió recorrer toda esa vasta región *ipredicando el evangelio con toda libertad!*

En años posteriores había sentido la dirección de Dios para formar un rústico orfanatorio, en el cual había sustentado a más de cien niños abandonados, además de muchos heridos que la guerra iba dejando, no sólo entre los chinos sino también entre sus enemigos.

Pero ahora, ¿cómo había llegado ella hasta aquí?

El poder de la oración

Hacia no muchos días atrás, mientras servía con unos misioneros ingleses en Fenghsien, fue invitada a hablar sobre la obra misionera en una conferencia de jóvenes. Se trataba de un grupo de entusiastas cristianos que habían tenido que huir por la guerra, y que ahora la buscaban oportunidad de instruirse para servir al Señor.

Sin embargo, cuando las conferencias ya comenzaban, Gladys enfermó otra vez, y no pudo participar en ellas. Debió guardar cama por tres semanas. Un día, mientras estaba allí tendida, escuchó murmullos en el cuarto contiguo. Se levantó silenciosamente, y vio que había un grupo de estudiantes que oraban en torno a un mapa por los lugares que al azar iban apuntando con el dedo. Esto lo hicieron por varios días.

Ellos no podían ir a esos lugares, *ipero sí*

podían orar para que Dios enviara a quien estuviera en condiciones de hacerlo!

Gladys sintió que ella debía ir.

Y, en efecto, lo hizo. Durante varios días recorrió aldeas, predicando. Los cristianos que allí había la recibían alborozados. Sin embargo, cuando llegó a la última aldea del distrito y manifestó su deseo de ir más allá, todos le aconsejaron que no siguiera.

–Este es el final. Más adelante no hay nada – le dijeron.

–Pero el mundo no termina ahí como lo afirman ustedes –respondió la intrépida misionera–. Debo seguir más adelante. Para eso he venido.

Después de mucho porfiar logró que un hermano, el doctor Huang, la acompañara por cinco días. Así que emprendieron la marcha. Los cinco días se prolongaron a nueve, en los cuales compartían con todos los que encontraban a su paso. En esos lugares nunca se había predicado a Jesucristo.

Al décimo día llegaron al pie de una montaña y no vieron en todo el día una sola alma. ¿Dónde pernoctarían? Gladys se sintió turbada. Entonces, oraron. Ella, por su necesidad, y él porque el Señor les pusiera alguien por delante a quien compartirle de Jesús.

Luego, ya más confiados, comenzaron a cantar. Su voz retumbaba en las paredes de la montaña. De pronto, el doctor Huang dio un salto: había visto un hombre. Se acercó a él presuroso, y vio que era nada menos que *¡un sacerdote lama tibetano!*

Una extraña reunión de evangelización

Ahora ellos se encontraban disfrutando la hospitalidad del lamasario.

Luego del afectuoso recibimiento, y cuando ya se aprestaban a descansar, dos hombres llamaron a la puerta y les invitaron a que les siguieran. Fueron conducidos a través de muchos patios hasta que por fin llegaron a uno muy grande, en el cual habían 500 cojines hechos de hojas de cocotero alineados en un có-

modo semicírculo. Sobre cada uno de ellos se encontraba sentado un lama con sus manos piadosamente cruzadas y su cabeza inclinada.

En el centro había dos cojines vacíos, y hasta allí fueron conducidos. Gladys estaba desconcertada. *¿Qué esperan que hagamos?*, pensó con cierto nerviosismo.

El doctor Huang le dijo, entonces, al oído:

—Nosotros tomaremos la iniciativa. Póngase a cantar.

—Pero, ¿qué canto?

—Lo que usted quiera – le dijo el doctor Huang.

Con voz muy temblorosa, Gladys comenzó a cantar un himno en chino.

Un silencio sepulcral siguió al canto. Entonces, el doctor Huang comenzó a hablar. Les contó acerca del Niño que nació en un pesebre en Belén; luego les habló del Salvador que murió en la cruz.

—Ahora cante usted otra vez – dijo. De modo que Gladys cantó. Luego habló y volvió a cantar. Habló en seguida el doctor Huang. Y luego, ella cantó y habló de nuevo.

Los quinientos lamas permanecían impasibles sentados sobre sus cojines. Los misioneros no podían ver sus rostros, pero ¿por qué no decían algo para dar por terminada la reunión?

Gladys estaba agotadísima.

—Dentro de un instante me voy a caer de este cojín – le susurró al doctor Huang.

—Entonces ya podemos terminar – dijo éste. Y salieron. Más tarde supieron que como visitantes ellos tenían la iniciativa para moverse. Las reglas de cortesía exigían que el auditorio permaneciera quieto mientras ellos estuviesen sentados.

Al poco rato, cuando Gladys se aprestaba a acostarse, llamaron a su puerta. Era dos sacerdotes que esperaban cortésmente.

—Señora, ¿está usted demasiado cansada para hablarnos más? – preguntaron humildemente.

Entraron, escucharon con mucha atención, y luego se marcharon. Minutos después llegaron otros dos, y así sucesivamente toda la noche. Siempre hacían la misma pregunta:

—¿Quiere explicarnos cómo y por qué murió? ¿Podría decirme por qué me pudo amar?

Estos hombres jamás dudaron de que Dios fuese el creador del mundo; jamás dudaron del hecho del nacimiento virginal; jamás objetaron los milagros. Para ellos fue la maravilla del amor de Dios lo que les obsesionaba. La historia de la muerte de Cristo en el Calvario llenaba sus mentes de temor y reverencia.

A la mañana siguiente, Gladys supo que también el doctor Huang había sido visitado lo mismo que ella.

Durante una semana, los monjes, apenas

estaban libres de sus obligaciones, acudían a hacer preguntas. La noche previa a su partida del lamasario, Gladys fue invitada para presentarse ante el gran lama, a quien hasta entonces no había visto.

Éste era un hombre bien parecido, que estaba sentado en un hermoso cojín, y rodeado de un séquito de servidores.

Después de tocar varios temas, la misionera se atrevió a hacerle la pregunta que le comía la lengua:

—¿Por qué me dejó entrar a su lamasario, siendo yo una mujer extranjera? ¿Por qué me dejó hablar ante sus sacerdotes?

La respuesta del gran lama llenó de asombro a Gladys Aylward.

El Dios que ama

“Es una larga historia – comenzó el gran lama. Por acá en nuestras laderas crece una hierba llamada regaliz, que mis lamas recogen y venden en las ciudades. Cierta vez que los hombres vendían hierba en una aldea vieron a un hombre que agitaba un papel en su mano y gritaba:

—¿Quién quiere uno? La salvación es gratis y no cuesta nada. El que cree puede ser salvo y vivir para siempre. Si usted quiere saber más acerca de esto venga al salón del evangelio.

“Los lamas, completamente pasmados de tal doctrina, tomaron el folleto y lo trajeron al lamasario. Fue entonces cuando me dieron el folleto, ahora gastado y hecho pedazos, pegado en la pared. Véalo usted”

La misionera lo vio, y se dio cuenta que era un folleto común y corriente, que citaba el pasaje de Juan 3:16: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”* Eso fue todo, pero de ahí concluyeron que en alguna parte había “un Dios que amaba”. Todos lo leyeron y lo volvieron a leer o se lo leyeron a otros.

—Al año siguiente– continuó el gran lama–, cuando nuestros hombres llevaron la hierba a las ciudades, se les ordenó investigar dónde vivía ‘el Dios que amaba’, pero por cinco años no lograron saber más.

Entonces, el hombre que primero recibió el folleto juró que no regresaría hasta no saber más acerca de este Dios. Acompañado de otros lamas, siguieron su camino hasta que llegaron a Len Chow. Allí vieron en la calle a un hombre de porte distinguido y le hicieron la pregunta acostumbrada:

—¿Puede usted informarnos dónde vive el Dios que ama?

—Oh sí – contestó él. – Váyanse ustedes por esa calle hasta llegar a una gran entrada con tres signos sobre ella: Fe, Esperanza y Amor. Allí le hablarán acerca de ese Dios.

“Gozosos llegaron a la pequeña casa de la Misión al Interior de la China e hicieron la misma pregunta a un evangelista chino. El les dijo todo lo que pudo, y les regaló a cada uno una copia de los Evangelios.

“Ansiosos regresaron al lamasario y leímos los relatos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Creímos todo lo que contenían los evangelios, aunque por supuesto muchas cosas no las pudimos entender. Pero un versículo nos pareció de importancia especial. Cristo había dicho: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio”*. Entonces, sencillamente alguien tenía que venir a decirme más acerca de este maravilloso Dios. Todo lo que teníamos que hacer era esperar, y cuando Dios mandara un mensajero, estar listos para recibirlo.

“Esperamos tres años más. Entonces dos lamas, que recogían palitos allá en la falda del cerro, escucharon que alguien cantaba. ‘Estos son los mensajeros que estamos esperando’, dijeron. Sólo las gentes que conocen a Dios cantan.

“Mientras uno regresó para decirnos que nos preparáramos para recibir a nuestros largamente esperados huéspedes, el otro se fue a encontrarlos junto a la falda del cerro.”

Fruto para la eternidad

Poco después de esto, el lamasario fue destruido por los comunistas, y los 500 lamas fueron arrojados de allí. ¿Qué fue de ellos? Después de lo que los misioneros vivieron allí, ellos no tienen ninguna duda de que muchos de ellos recibieron la salvación. Dios había preparado el terreno; el doctor Huang y la pequeña misionera podían sentirse agradecidos porque Dios los había usado como mensajeros. Sin embargo, sólo en la eternidad ellos habrán de saber el verdadero resultado de esa, la más extraña semana jamás vivida.

(Adaptado de *La pequeña mujer en la China*, por Gladys Aylward)



Recortes de la Web

HISTORIAS-ANÉCDOTAS-PARÁBOLAS-MORALEJAS-HISTORIAS-ANÉCDOTAS-PARÁBOLAS-MORALEJAS

Las cosas no son siempre lo que parecen

Dos ángeles viajeros se pararon para pasar la noche en el hogar de una familia muy adinerada. La familia era ruda y no quiso permitirle a los ángeles que se quedaran en la habitación de huéspedes de la mansión. En vez de eso le dieron un espacio pequeño en el frío sótano de la casa. A medida que ellos preparaban sus camas en el duro piso, el ángel más viejo vio un hueco en la pared y lo reparó. Cuando el ángel más joven preguntó: "¿Por qué?", el Ángel más viejo le respondió: «Las Cosas no siempre son lo que parecen.»

La siguiente noche, el par de ángeles vino a descansar en la casa de un señor y una señora, muy pobres, pero muy hospitalarios. Después de compartir su poca comida que tenían les invitaron a que durmieran en su propia cama. Cuando amaneció, al siguiente día, los ángeles encontraron a sus huéspedes bañados en lágrimas. La única vaca que tenían, cuya leche había sido su sostén, yacía muerta en el campo. El ángel más joven estaba furioso y preguntó al ángel más viejo: "¿Cómo pudiste permitir que esto hubiera pasado? El primer hombre lo tenía todo, sin embargo tú lo ayudaste; la segunda familia tenía muy poco, pero estaba dispuesta a compartirlo todo, y tú permitiste que la vaca muriera.

«Las cosas no siempre son lo que parecen» -le replicó el ángel más viejo-. Cuando estábamos en aquel sótano de la inmensa mansión, yo noté que había oro almacenado en aquel hueco de la pared. Debido a que el propietario era avaro y no dispuesto a compartir su buena fortuna, yo sellé el hueco, de manera tal que nunca lo encontraría. Luego, anoche mientras dormíamos en la cama de la familia pobre, el ángel de la muerte vino en busca de la esposa del agricultor. Y yo le di a la vaca en su lugar. Las cosas no siempre son lo que parecen. Algunas veces, eso es exactamente lo que pasa cuando las cosas no salen como uno espera que salgan. Si tú tienes fe, solamente necesitas confiar en que cualesquiera que fueran las cosas que vengan, serán siempre para tu ventaja. Y podrías no saber esto hasta un poco más tarde.

Norberto Elio Brunat, en
christianos@yahoo.com

No distraigas la atención



Cuando Leonardo Da Vinci pintó su «Última Cena», le pidió la opinión a un amigo. Éste empezó a elogiar la obra maestra y ponderó, especialmente, la copa de vino en la mano del Señor. Cuando el amigo comentó esto, Leonardo borró la copa, diciendo: «Nada deberá distraer la atención hacia el Señor».

Recordemos que somos solamente siervos de Jesús, y como tales, lo mejor que podemos

hacer para ayudarlo... es «no estorbarle». O sea, no interponernos entre los demás y Jesús, dejándonos de lado para que quien lo merece sea el centro de atención.

Arturo Quiros Lépiz, en
christianos@yahoo.com

El niño y el pato



Había un pequeño niño visitando a sus abuelos en su granja. El tenía una honda (resortera) con la que jugaba todo el día. Practicaba con ella en el bosque pero nunca daba en el blanco. Un poco desilusionado, regresó a casa para la cena. Al acercarse a casa, divisó al pato mascota de la abuela. Sin poder contenerse, tomó su honda y le pegó al pato en la cabeza y lo mató.

Estaba triste y espantado, así que escondió el cadáver del pato en el bosque. Pero se dio cuenta que su hermana Lucrecia lo estaba observando. Sin embargo, ella no dijo nada. Después de comer, la abuela dijo: «Lucrecia, acompáñame a lavar los platos.» Pero Lucrecia dijo: «Abuela, Pedro me dijo que hoy quería ayudarte en la cocina, ¿no es cierto, Pedro?». Y le susurró al oído: «¿Recuerdas lo del pato?». Entonces, sin decir nada, Pedro lavó los platos.

Al día siguiente, el abuelo preguntó a los niños si querían ir de pesca, y la abuela dijo: «Lo siento; pero Lucrecia debe ayudarme a preparar la comida.» Lucrecia, con una sonrisa dijo: «Yo sí puedo ir, porque Pedro me dijo que a él le gustaría ayudar.» ¿Verdad Pedro? Y con su mirada le dijo: «¿Recuerdas lo del pato?». Entonces Lucrecia fue a pescar y Pedro se quedó.

Transcurridos muchos días en que Pedro estaba haciendo sus propias tareas y las de Lucrecia, finalmente él no pudo más. Fue donde la abuela y le confesó que había matado al pato. Ella se arrojó, le dio un gran abrazo y le dijo: «Amorcito, yo ya lo sabía. Estuve parada en la ventana y lo vi todo, pero porque te amo te perdoné. Lo que me preguntaba era hasta cuándo permitirías que Lucrecia te tenga como esclavo.»

¿Hasta cuándo permitirás que tus pecados sin confesar te mantengan esclavo? Hoy puedes gozar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

www.selah.com.ar

No menosprecies tu obra



John Egglon nunca había predicado un sermón en su vida. Jamás. No es que no quisiera hacerlo, sólo que nunca tuvo la necesidad de ello. Pero una mañana lo hizo. La nieve cubría de blanco su ciudad, Colchester, Inglaterra. Cuando se despertó esa mañana

1850, pensó quedarse en casa. ¿Quién iría a la iglesia en medio de semejante nevazón?

Pero cambió de parecer. Después de todo era un diácono. Y si los diáconos no iban ¿Quién lo haría?. De modo que se calzó las botas, se puso el sombrero y su capa, y caminó las seis millas hasta el templo. No fue el único miembro que consideró la posibilidad de quedarse en casa. Es más, fue uno de los pocos que asistieron. Sólo había trece personas presentes: Doce miembros y un visitante.

Incluso el pastor estaba atrapado por la nieve. Alguien sugirió que volvieran a casa, pero Egglon no aceptó esa posibilidad. Habían llegado hasta allí, así que tendrían una reunión. Además, había una visita, un niño de trece años. Pero ¿quién predicaría?

Egglon era el único diácono. Así que le tocó a él. Así que lo hizo. Su sermón sólo duró diez minutos. Daba vueltas y divagaba y al hacer un esfuerzo por destacar varios puntos, no remarcó ninguno en especial. Pero al final, un denuedo poco común se apoderó del hombre. Levantó sus ojos y miró directo al muchacho y le presentó un desafío:

— Joven, mira a Jesús. ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira!

¿Produjo algún cambio ese desafío?. Permítan que el muchacho, después que fue un hombre, conteste:

— Sí, miré, y allí mismo se disipó la nube que estaba sobre mi corazón, las tinieblas se alejaron y en ese momento vi el sol.

¿El nombre de ese muchacho? Pues, Charles Haddon Spurgeon, el que fuera conocido hasta en nuestros días como «El príncipe de los predicadores».

¿Supo Egglon lo que hizo? No. ¿Los momentos históricos se reconocen como tales cuando suceden?. Ya sabes la respuesta a esa pregunta. (Si no, una visita al pesebre te refrescará la memoria). Rara vez vemos a la historia cuando se genera y casi nunca reconocemos a los héroes. Y mejor así, pues si estuviésemos enterados de alguno de los dos, probablemente arruinaríamos a ambos. Pero sería bueno que mantuviésemos los ojos abiertos. Es posible que el Spurgeon de mañana esté cortando tu césped, y el «héroe» que lo inspira podría estar más cerca de lo que te imaginas. Podría estar en tu espejo.

http://laiglesia.cjb.net





CARTAS DE NUESTROS LECTORES

Re-enviando para otros

Deseo agradecerle por sus envíos. Estoy leyendo «Jacob o el ocaso de la energía natural» luego de leer el artículo sobre Job, y suspendí la lectura para agradecerle me haya enviado estos artículos que son de tanta bendición. También los estoy re-enviando cuando veo que pueden ser apreciados. Que nuestro gran Dios les siga bendiciendo y usando para su gloria y para bendición de muchos. Nuevamente, muchas gracias.

*Vartán Mamigonián
Montevideo, Uruguay*

Desde Puerto Rico

Saludos cordiales desde Puerto Rico. Nuestra oración es que la bendición de Dios, que es la que enriquece y no añade tristeza con ella, sea con ustedes, sus familias, y hermanos del Ministerio. Acabamos de recibir las revistas que nos enviaron, ahora mismo mi esposo las está leyendo. Muchísimas gracias por enviarlas, son de gran consuelo y bendición a nuestras vidas.

*Silverio y Aimee Robles.
Villa Carolina, Puerto Rico*

Para enfrentar las dificultades

Quiero que sepan que las ediciones que he recibido han sido de GRAN BENDICION, no sé que otra forma le puedo dar a las palabras para que pueda entender lo que ha significado «Aguas Vivas» para mí, para los líderes de la iglesia a la que asisto, para mi mamá, para los hermanos que nos rodean. Realmente nos han preparado para vivir lo que hemos vivido los últimos dos meses.

Cuán necesaria es la palabra de Dios y de

qué manera tan específica Dios nos ha hablado a través de las ediciones que me han enviado y que, a su vez, hago partícipes a todos los que puedo mediante la impresión de los artículos que también me los envía por el internet. Muchas, muchas gracias de verdad.

Espero y estoy segura que Dios está obrando en su vida inmensamente. Oro por ustedes y sus familias para que Dios les guíe en su justicia y para la gloria de Su nombre.

*Magaly Bellido Tello
Lima, Perú*

Un testimonio

Muchas gracias por la revista, la verdad es que ha sido de bendición a mi vida. Me gustan mucho los temas. Les animo a seguir adelante con esos mensajes alentadores para nuestra vida. Quiero contarles que un día llegué a mi trabajo muy cargada con muchos problemas en casa, económicos y de trabajo, pero leí uno de sus estudios y levantó mi espíritu y me animó a seguir adelante. Así como yo, pienso que cada persona a quien llega esta revista tendrán un testimonio.

Adelante, ya que el Señor les usa para hablar a nuestras vidas. Que el Señor les Bendiga.

*Mirna Mayorga de Rodríguez
Guatemala, Guatemala*

Escritos de Madame Guyon

Les agradecemos el envío de vuestras revistas. La verdad, no sorprendió gratamente el contenido, la diagramación, y la impresión de la misma. Seguramente estaremos compartiendo vuestro sitio web con otros siervos del Señor aquí en América que seguramente también les será de bendición.

Compartimos vuestra visión y nos sorprendieron gratamente los extractos de los escritos de Madame Guyon. Sigán en esta línea puesto

que la Iglesia de hoy necesita volver a las fuentes eternas de comunión con Dios, puesto que es a Sus pies donde podemos ser renovados cada día.

Les saludamos muy afectuosamente deseando que El les prospere y dirija en cada uno de vuestros pasos. Suyos en Cristo.

*Eddie & Anna Argüelles
«Light for the Nations» Hispanic Ministries
Kathleen (FL), Estados Unidos*

No más pretextos

Definitivamente, vuestra revista ha sido de mucha bendición, los artículos son muy interesantes. Hay una sección que siempre me sacude, se llama «Excusas que suelen darse para no seguir a Cristo». Por ello, debo estar agradecido a Dios, ya que los está utilizando a ustedes para poner en mis manos dicha revista. Como verán, grande es la fidelidad de nuestro Señor. Yo necesito bastante oración. Mi vida no anda muy bien que digamos, he pasado por momentos muy difíciles, pero estoy en las manos de Jesús, y él no dejará que caiga.

Tengo una lista muy grande oración, que a continuación les comparto. Gracias por su paciencia y espero que no busque yo más pretextos para no seguir a Cristo.

*César Galarreta Pomiano
Lima, Perú*

Para estudiantes creyentes

Tengo 11 años, y quiero felicitarlos por esta tan buena revista que han sacado a través de Chile y el mundo. Esta revista es muy buena para lectores de cualquier edad o problema, y, además, trae un espacio especial para los estudiantes creyentes. Que Dios los bendiga siempre.

*Johanna Bernt Fernández
Temuco, Chile*

Por razones de espacio, las cartas han sido resumidas. Su publicación ha sido autorizada por sus autores.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

Bocadillos de la Mesa del Rey

Lucas 2:25-32

LA EMOCIÓN DE UN ANCIANO

El anciano encorvado se acerca a María, la madre de Jesús. Sus rodillas tiemblan, no sólo por sus años, sino más que nada por la emoción. Allí, en brazos de esa joven mujer, está Aquél que ha estado esperando tanto.

Dios le había prometido que vería este día. Sus días se fueron alargando sobre la tierra por esta sola razón. Y ahora le tiene aquí, al alcance de la mano.

Es tan sólo un pequeño niño, igual a muchos otros que ha visto. Pero el mirarlo con los ojos de la fe, su mirada trasciende el tiempo y el espacio. Este es el Eterno, Adonai, el Creador y Sustentador de todas las cosas. Abraham corrió delante de Él para servirlo; Moisés tembló en su presencia; Josué se quitó el calzado de sus pies ... Ahora, hacía poco, Elizabet había gritado de gozo, llena del Espíritu, y la criatura de su vientre había saltado dentro de ella. ¿No era éste el Santo de Israel?

Entonces lo pide a su madre, y lo toma en sus brazos. Su corazón se conmueve, la barbilla tiembla, el brillo de sus ojos es tal, que la madre teme que se le caiga de los brazos.

Sus labios se abren con emoción. Su garganta, débil, apenas deja escapar, en un hilillo de voz unas pocas palabras:

“Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos ...”

Una esperanza tanto tiempo acariciada que se cumple de pronto, con la sencillez de las cosas cotidianas, es como para no creerla. Pero estaba allí, Dios había sido muy claro en las señales que le había dado. Esa mujer joven, ese hombre, y el niño.

Tras esas palabras, todo el gozo que podía haber en su corazón debe haber inundado su carne ya vieja, vivificándola. No hubiese querido entregarlo, sino seguir abrazando ese montoncito de carne acariciada entre sus ropas ajadas. Luego, al salir del templo, más de alguno debió de oírle musitar, a su paso, como en locura senil, mientras recorría plácidamente el camino a casa:

“¿He visto a mi Señor ... oh, ... he visto a mi Señor ...!”

¡Así, como Cristo oraba!

(Mr.1:35; 6:45-46; Luc.3:21-22; 9:28-29; 18:1,7-8)

Alejado del tumulto
en algún lugar desierto,
sobre un monte muy temprano,
ora Cristo por nosotros.
La oración es su estrategia
contra la impiedad del malo.
Su poder, su fortaleza,
el terreno irreductible
donde, a solas con el Padre,
intercede por nosotros.
En la noche o de mañana
frente a Dios en lo secreto,
una brecha abrió hasta el cielo:
¡ora Cristo por nosotros!
¡Como Cristo, así la iglesia
ora y ruega por los hombres
sin cesar, hasta que Él vuelva!
Por el vil y el vengativo;

por los montes arraigados;
por las furias del altivo;
por la suerte del impío;
por el duro que resiste
recibir de Dios la gracia:
Salvación, justicia, vida.
Alejado del tumulto
ora Cristo por nosotros:
Cierra boca de leones,
quita piedras, rompe escollos,
nos allana la calzada,
sólo quiere que los hombres
se conviertan al Camino
de la vida que, de arriba,
Dios propone a sus criaturas.
¡Alejado del tumulto,
y hasta el día de su reino,
ora Cristo por nosotros!

Claudio Ramírez Lancián

